



HERANOS DEL EVANGELIO

Marzo 2026

*«Comparezcamos ante
el trono de la gracia»*

La gran perplejidad de San José

Al constatar que la Virgen Santísima portaba en su seno al divino Infante, es indudable que San José debió experimentar una enorme perplejidad. [...]

Al penetrar en la mirada de María, San José, en medio de su drama, continuaba viéndola como la propia mirada de Dios para sí, más cristalina que el agua más límpida, más brillante que el más radiante de los soles. Sin embargo, no podía dejar de reparar también en los claros indicios del embarazo. [...]

Sobre este particular, subraya el Dr. Plinio: «Es un absurdo pensar lo contrario. A San José le bastaba mirarla, incluso de espaldas; tenía suficiente con ver cómo su túnica rozaba ligeramente el suelo, o cómo

Ella se apoyaba en una mesa mientras conversaba, para descansar un poquito; de cualquier gesto, hasta del movimiento de las pestañas al parpadear, dimanaban torrentes de castidad a su alrededor». Viéndola purísima y celestial, se maravillaba al comprobar, en todo momento, con qué santa se había unido. [...]

Conociéndola como nadie en la tierra, tuvo la certeza de que sólo Ella podría ser la Madre del Salvador, pues era imposible que hubiese una

santidad superior a la suya. Por lo tanto, ¡la misteriosa Virgen contemplada proféticamente por Isaías era María! [...]

Como Nuestra Señora, a pesar de las evidencias, permanecía en silencio, pues sabía que Dios quería probar la confianza de su virginal esposo, éste juzgaba que había en este silencio una señal de que el Altísimo, que para San José era representado por Ella, no lo quería allí. Al mismo tiempo, veía en esta actitud una manifestación excelentísima de la delicadeza marital: callarse era un modo de insinuarle que necesitaba progresar más para participar de aquel misterio. [...]

En vista de estos pensamientos, no parece exagerada la afirmación del Dr. Plinio al discutir sobre tal prueba: «Después de Nuestra Señora, nadie en la tierra sufrió tanto como San José. [...]

Dios, por así decir, no le dio ninguna ayuda en medio de ello, lo dejó desamparado... ¡solo!». ¿Qué hacer? ¿Cómo proceder? Queda así representada, con toda su envergadura, la gran perplejidad del virginal esposo de María Santísima.



San José - Iglesia de Nuestra Señora del Buen Consejo, Piraquara (Brasil)

CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio.
San José: ¿quién lo conoce?... Madrid:
Heraldos del Evangelio, 2017, pp. 143-151.

HERALDOS DEL EVANGELIO

Año XXIV, n° 272, Marzo 2026

Director Responsable:
Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de Redacción:
Severiano Antonio de Oliveira;
Silvia Gabriela Panez;
Marcos Aurelio Chacaliaza C.

Administración:
Urbanización Campo Alegre
Calle Golondrinas E18-98 y
Huirachuro 1er. p. A – Quito
Telefaxes: (02) 2258840 – (02) 2442585
(02) 6003856 – (02) 6003857
Celular y WhatsApp: +593 98 517 4781 (C)
+593 99 857 1370 (M)
www.heraldos.ec

Suscripciones:
Ecuador:
Quito: Urb. Campo Alegre
Calle Golondrinas E18-98 y
Huirachuro 1er. p. A
Tel. (02) 2442585
Celular y WhatsApp: +593 95 869 7393 (C)

Uruguay:
Lanús 5880 - Montevideo
Tel. (598-2) 2321 4963
fatimauy@adinet.com.uy

México:
Calle Santiago # 262 - K
San Jerónimo Lídice - Alc. Magdalena Contreras
C.P. 10200 - Ciudad de México
Tel. 55-2591 9161
heraldos@heraldos.org.mx

República Dominicana:
Calle Lorenzo Despradel No. 59,
La Castellana, Santo Domingo,
República Dominicana
Tel.: 1-809-227-7265
WhatsApp: 1-809-549-7695
Email: heraldosrd@gmail.com

Los artículos de esta revista podrán ser reproducidos, indicando su fuente y enviando una copia a la redacción.
El contenido de los artículos es responsabilidad de los respectivos autores.

SUMARIO

➔ PREGUNTAN LOS LECTORES.....	4
➔ EDITORIAL	
Gracia y Secreto de María	5
➔ LA VOZ DE LOS PAPAS	
Hijos y amigos de Dios	6
➔ LA LITURGIA DOMINICAL	
Las tiendas de Pedro	8
El agua de la vida	9
A Dios nadie le engaña	10
El verdadero abandono en las manos de Dios	11
No endurezcamos nuestro corazón	12
➔ EJEMPLOS QUE ARRASTRAN	
Un «no» de Dios, que se convirtió en una gesta	13
➔ TESOROS DE MONS. JOÃO	
Elevación a la vida divina	14
➔ TEMA DEL MES – LA GRACIA DIVINA	
El organismo sobrenatural – Nueva vida, nuevo modo de obrar.....	18
Las gracias actuales – ¡Todo es gracia!.....	20
➔ ¿QUÉ DICE EL CATECISMO?	
¿Necesitamos pedir gracias?	23
➔ ESPIRITUALIDAD CATÓLICA	
La vida mística del cristiano – En el exilio... ipreludio de la convivencia celestial!.....	24
➔ SANTO TOMÁS ENSEÑA	
¿La eficacia de la gracia coacciona el libre albedrío?.....	27
➔ UN PROFETA PARA NUESTROS DÍAS	
Nuestra Señora en la lucha Revolución y Contra-Revolución	28
➔ VIDAS DE SANTOS	
San Juan Ogilvie – Mártir de la fe, del papado y del celibato sacerdotal	32
➔ DOÑA LUCILIA –	
LUCES DE UNA MATERNAL INTERCESIÓN	
Rápida solución para un problema complejo... ..	36
➔ HERALDOS EN EL MUNDO	40
➔ HISTORIA, MAESTRA DE LA VIDA	
La insurrección vandeana – La victoria de los vencidos	44
➔ ¿SABÍAS... ..	47
➔ ENSEÑANZAS BÍBLICAS	
José de Egipto – Esclavitud que libera, libertad que esclaviza	48
➔ TENDENCIAS Y MENTALIDADES	
¿Virtudes antagónicas o complementarias?	50



Paulo Kenji

14 Participamos de la naturaleza de Dios... ¿Cómo?!



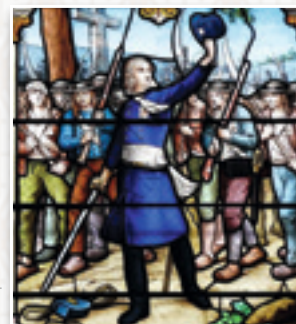
Reproducción

27 ¿La omnipotencia divina limita la libertad humana?



Timothy Ring

28 La Madre de la divina gracia es la Reina de la historia



Reproducción

44 Cuando simples campesinos desafiaron a la Revolución

Envíe las preguntas para el P. Ricardo al correo
preguntanloslectores@heraldos.org



✠ P. Ricardo José Basso, EP

No me gusta usar esta palabra, pero a falta de una mejor... ¿Hay personas «predestinadas» a ser santas desde el principio? Sé que Dios tiene ciertas preferencias: ama mucho más a la Virgen María que a mí, ama mucho más a San José que a mí, ama mucho más a la Hna. Dulce que a mí... ¿Será que, entre las muchas moradas celestiales, estoy destinado a tener solamente una «choza»? Me gustaría intentar comprenderlo un poco más.

André Moraes – Vía correo electrónico

Estimado André, su pregunta es excelente. Santa Teresa del Niño Jesús se enfrentó a una duda idéntica: «Durante mucho tiempo me pregunté por qué Dios tenía preferencias, por qué no todas las almas recibían el mismo grado de gracias» (*Manuscrito A, 2r*).

¿Quiere saber cuál fue la respuesta que encontró? Enseguida lo veremos. Por ahora, volvamos a su pregunta. Por lo que describe, podemos discernir una tentación del demonio para desanimarle: «¿Tener solamente una “choza”?». ¿Habrá chozas en el Cielo?...

El Apocalipsis resuelve este problema, pues afirma que la Jerusalén celestial está hecha enteramente de magníficas piedras preciosas, con esplendores que no podemos imaginar. Allí, los ángeles cantan sin cesar un cántico nuevo, y los justos se alegran siempre en la presencia de Dios; no hay llanto ni dolor (cf. Ap 21).

En esta tierra, especialmente en el mundo moderno, vivimos entre competiciones, comparaciones y envidias. En el Cielo, todo es distinto: podría llamarse el Reino de la admiración, donde unos se regocijan por el bien de los otros. Al fin y al cabo, somos «un solo cuerpo» (Rom 12, 5) y «si un miembro es honrado, todos se alegran con él» (1 Cor 12, 26).

Si algunas personas reciben más de Dios que otras o son más amadas por Él, no hay ninguna injusticia. El Señor nos creó gratuitamente, sacándonos de la nada mediante un enorme acto de amor y dándonos la promesa de la felicidad eterna, una recompensa «sobremanera grande» (Gén 15, 1).

Así, ante la superioridad de la Virgen y de otros santos, la reacción de los bienaventurados es de gozo y no de tristeza, pues la grandeza del que está arriba proclama la mag-

nificencia de aquel que los creó a todos. Un penitente como San Agustín se alegrará por toda la eternidad de la inocencia intacta de Santa Teresa, quien cantará la bondad de Dios por sacar del fango a tal pecador, haciendo de él uno de los faros de la Santa Iglesia.

Partiendo de estas premisas, consideremos ahora las palabras de la santa de Lisieux:

«Jesús [...] puso ante mis ojos el libro de la naturaleza y comprendí que todas las flores que Él ha creado son hermosas, que el esplendor de la rosa y la blancura del lirio no le quitan su perfume a la humilde violeta ni su encantadora sencillez a la margarita... Comprendí que si todas las florecillas quisieran ser rosas, la naturaleza perdería su adorno primaveral. [...]

»Así es el mundo de las almas, que es el jardín de Jesús. Él quiso crear grandes santos, que pueden compararse con los lirios y las rosas; pero también creó otros más pequeños, y éstos han de contentarse con ser margaritas o violetas destinadas a alegrar la vista de Dios. [...] La perfección consiste en hacer su voluntad, en ser lo que Él quiere que seamos... Comprendí igualmente que el amor del Señor se revela tanto en el alma más sencilla, que no se resiste en nada a su gracia, que en el alma más sublime» (*Manuscrito A, 2v*).

Y concluye diciendo: «Así como el sol ilumina a la vez a los cedros y a cada florecilla, como si fuera la única en la tierra, así el Señor se ocupa también particularmente de cada alma como si no hubiera otra semejante» (*Manuscrito A, 3r*).

Finalmente, André, ¿puedo darle un consejo? Sea muy devoto de la Santísima Virgen. Póngase en sus manos, pues Ella lo guiará maternalmente por las vías de la santidad. ✠



GRACIA Y SECRETO DE MARÍA

Cuando se utiliza en teología, la palabra gracia tiene una amplia variedad de significados. En hebreo indica la inclinación llena de benevolencia hacia alguien. El término griego *kháris* expresa tanto el encanto de la belleza como el favor, el beneficio o el reconocimiento. El latín *gratia* añade además, por su etimología, los sentidos de gratuidad y gratitud.

Las epístolas paulinas representan la cúspide de la teología sobre la gracia. Tan elevadas son las consideraciones del Apóstol que San Pedro admite haber escrito «algunas cuestiones difíciles de entender» (2 Pe 3, 16), según la sabiduría que le había sido dada. Para San Pablo, la sabiduría de Dios está escondida, pues encierra profundidades que sólo el propio Paráclito puede penetrar (cf. 1 Cor 2, 6-10).

Partiendo de este fundamento bíblico, los escolásticos definieron la gracia como la participación en la vida divina, pero parecía que faltaba algo... En efecto, ¿cómo desentrañar los misterios de la gracia?

Ya nos lo respondió San Gabriel al saludar a su Reina: «Alégrate, llena de gracia» (Lc 1, 28). Es el único pasaje de todas las Escrituras en el que un espíritu angélico se dirige a alguien no por su nombre, sino por un título, expresando una realidad que, en el griego original, se hace aún más perceptible: ante Dios, el nombre de la Virgen es *llena de gracia*.

Con ese saludo, el arcángel prefiguraba el momento, sublime entre todos, en que la divinidad se uniría a la humanidad en la persona del Hijo, realizándose en el seno de María la unión hipostática, gracia por suma excelencia que Santo Tomás califica de «infinita, por ser infinita la persona del Verbo» (*Suma Teológica*, III, q. 7, a. 11). Nuestra Señora se convertía así en el trono de la gracia, donde habitó Jesucristo, desde donde partió para redimir al universo y desde donde quiere reinar.

La Madre de Dios portó en sí la gracia de las gracias, el Verbo hecho carne, y, asumiendo el papel de medianera, la entregó al mundo como remedio para sus crímenes. Pero los hombres, a lo largo de los milenios, la han rechazado... Y por eso mismo se precipitan aún más profundamente en los abismos de los que habían salido. Es necesario, pues, el advenimiento de gracias nuevas y éstas provendrán, como antaño, del Corazón de María, en el que habitan gracias inéditas, concedidas sólo a la predilecta de Dios.

En este sentido, San Luis Grignon de Montfort se refiere al Secreto de María, que revelaría un conocimiento más especial de la Santísima Virgen y de las maravillas obradas por Dios en Ella. Para encontrar la gracia divina, es necesario encontrar a la Madre de Dios, porque Ella fue quien halló gracia ante el Señor. Como indaga el santo mariano: «¿No es justo que la gracia vuelva a su autor, afirma San Bernardo, por el mismo canal por el que vino a nosotros?» (*El Secreto de María*, n.º 35).

Este secreto no consiste simplemente en actos externos, sino ante todo en una actitud interior, de manera que todas las cosas se realicen con María, en María, por María y para María, y así establecer la propia vida de Ella en el alma.

Ciertos, pues, de que sin la gracia nada podemos, y seguros de la omnipotencia suplicante de la Santísima Virgen, «comparezcamos confiados ante el trono de la gracia, para alcanzar misericordia y encontrar gracia para un auxilio oportuno» (Heb 4, 16). ✠



*Nuestra Señora de las Gracias -
Basílica de
Nuestra Señora del
Rosario, Caieiras
(Brasil)*

Foto: Leandro Souza



Hijos y amigos de Dios

Mediante el don de la gracia, el hombre entra en una nueva vida, es introducido en la realidad sobrenatural de la misma vida divina y llega a ser santuario del Espíritu Santo, templo vivo de Dios. Por el Espíritu Santo, el Padre y el Hijo vienen al hombre y ponen en él su morada.

DESDE EL PRINCIPIO, LLAMADOS AL ORDEN DE LA GRACIA

El libro del Génesis nos revela no sólo el orden natural de la existencia, sino también, a la vez y desde el principio, el orden sobrenatural de la gracia. [...] El hombre está llamado a la familiaridad con Dios, a la intimidad y amistad con Él. Dios quiere ser cercano a él. Quiere hacerle partícipe de sus designios. Quiere hacerle partícipe de su vida. Quiere hacerle feliz con su misma felicidad. [...]

Sabemos que el primer hombre, que disfrutaba de esta inocencia virginal y de particular cercanía de su Creador, no mostró tal disponibilidad. La primera alianza de Dios con el hombre quedó interrumpida. Pero nunca cesó de parte de Dios la voluntad de salvar al hombre. No se quebrantó el orden de la gracia.

SAN JUAN PABLO II.
Audiencia general, 13/12/1978.

ADMIRABLE RESTAURACIÓN DEL PLAN DIVINO

El Hijo de Dios se hizo hombre —explica San Atanasio— para que nosotros, los hombres, pudiéramos ser divinizados. [...]

La divinización no tiene nada que ver con la auto-deificación del hombre. Por el contrario, la divinización nos protege de la tentación primordial de querer ser como Dios (cf. Gén 3, 5).

Aquello que Cristo es por naturaleza, nosotros lo llegamos a ser por gracia. Por la obra de la Redención, Dios no sólo ha restaurado nuestra dignidad humana como imagen de Dios, sino que aquel que nos creó de modo maravilloso nos ha hecho partícipes, de modo más admirable aún, de su naturaleza divina (cf. 2 Pe 1, 4).

LEÓN XIV.
In unitate fidei, 23/11/2025.

POR EL BAUTISMO SE CONSIGUE LA GRACIA

Gran ventaja es el nombre de Cristo, respecto a la fe y a la santificación por el bautismo, que quienquiera y donde quiera fuere bautizado en el nombre de Cristo, consiga al punto la gracia de Cristo.

SAN ESTEBAN I.
Carta a los obispos de Asia Menor,
año 256: DH 111.

VIDA DE LA GRACIA, PLENITUD DE VIDA

Todo lo que comienza en la tierra, antes o después termina, como la hierba del campo, que brota por la mañana y se marchita al atardecer. Pero en el bautismo el pequeño ser humano recibe una vida nueva, la vida de la gracia, que lo capacita para entrar en relación personal con el Creador, y esto para siempre, para toda la eternidad.

Todos sentimos, todos percibimos interiormente que nuestra existencia es un deseo de vida que invoca una plenitud, una salvación. Esta plenitud de vida se nos da en el bautismo.

BENEDICTO XVI.
Homilía, 13/1/2008.

VIVIR EN DIOS Y DE DIOS

Mediante el don de la gracia, que viene del Espíritu, el hombre entra en una nueva vida, es introducido en la realidad sobrenatural de la misma vida divina y llega a ser santuario del Espíritu Santo, templo vivo de Dios. En efecto, por el Espíritu Santo, el Padre y el Hijo vienen al hombre y ponen en él su morada.

En la comunión de gracia con la Trinidad se dilata el área vital del hombre, elevada a nivel sobrenatural por la vida divina. El hombre vive en Dios y de Dios: vive según el Espíritu y desea lo espiritual.

SAN JUAN PABLO II.
Dominum et vivificantem, 18/5/1986.

ALTÍSIMA DIGNIDAD DEL HOMBRE REDIMIDO

Si consideramos la dignidad de la persona humana a la luz de las verdades reveladas por Dios, hemos de valorar necesariamente en mayor grado aún esta dignidad, ya que los hombres han sido redimidos con la sangre de Jesucristo, hechos hijos y amigos de Dios

por la gracia sobrenatural y herederos de la gloria eterna.

SAN JUAN XXIII.
Pacem in terris, 11/4/1963.

UN NUEVO ORGANISMO INTERIOR

Toda la vida cristiana se desarrolla en la fe y en la caridad, en la práctica de todas las virtudes, según la acción íntima de este Espíritu renovador, del que procede la gracia que justifica, vivifica y santifica, y con la gracia proceden las nuevas virtudes que constituyen el entramado de la vida sobrenatural.

Se trata de la vida que se desarrolla no sólo por las facultades naturales del hombre —entendimiento, voluntad, sensibilidad—, sino también por las nuevas capacidades adquiridas (*superadditae*) mediante la gracia, como explica Santo Tomás de Aquino. Ellas dan [...] a todas las potencias del alma y de algún modo también del cuerpo, la posibilidad de participar en la nueva vida con actos dignos de la condición de hombres elevados a la participación de la naturaleza y de la vida de Dios mediante la gracia: «*consortes divinae naturae*», como dice San Pedro (2 Pe 1, 4).

Es como un nuevo organismo interior, en el que se manifiesta la ley de la gracia: ley escrita en los corazones, más que en tablas de piedra o en códigos de papel.

SAN JUAN PABLO II.
Audiencia general, 3/4/1991.

NECESIDAD DE COOPERAR CON LA GRACIA DE DIOS

Nadie, en verdad, podrá negar que el Santo Espíritu de Jesucristo es el único manantial del que proviene a la Iglesia y sus miembros toda virtud sobrenatural. Porque, como dice el salmista, «la gracia y la gloria la dará el Señor» (Sal 83, 12). Sin embargo, el que los hombres

perseveren constantes en sus santas obras, el que aprovechen con fervor en gracia y en virtud, el que no sólo tiendan con esfuerzo a la cima de la perfección cristiana sino que estimulen también en lo posible a los otros a conseguirla, todo esto el Espíritu celestial no lo quiere obrar sin que los mismos hombres pongan su parte con diligencia activa y cotidiana. «Porque los beneficios divinos —dice San Ambrosio— no se otorgan a los que duermen, sino a los que velan».

Que si en nuestro cuerpo mortal los miembros adquieren fuerza y vigor con el ejercicio constante, con mayor razón sucederá eso en el Cuerpo social de Jesucristo, en el que cada uno de los miembros goza de propia libertad, conciencia e iniciativa. Por eso quien dijo: «Y yo vivo, o más bien yo no soy el que vivo: sino que Cristo vive en mí» (Gál 2, 20), no dudó en afirmar: «la gracia suya [es decir, de Dios] no estuvo baldía en mí, sino que trabajé más que todos aquéllos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo» (1 Cor 15, 10).

Pío XII. *Mystici Corporis Christi*, 29/6/1943.

CONDICIÓN PRIMERA Y FUNDAMENTAL

La oración es la primera y fundamental condición de la colaboración con la gracia de Dios. Es menester orar para obtener la gracia de Dios y se necesita orar para poder cooperar con la gracia de Dios. Este es el ritmo auténtico de la vida interior del cristiano.

SAN JUAN PABLO II.
Angelus, 4/7/1982.

LA HISTORIA ESPERA VERDADEROS HIJOS DE DIOS

La creación espera con impaciencia la revelación de los hijos de Dios, para ser libre y alcanzar su esplendor.

Queridos amigos, nosotros queremos ser esos hijos de Dios que la creación espera, y podemos serlo, porque en el bautismo el Señor nos ha hecho tales. Sí, la creación y la historia nos esperan; esperan hombres y mujeres que sean de verdad hijos de Dios y actúen en consecuencia.

BENEDICTO XVI.
Homilía, 3/6/2006.

Por la obra de la Redención, Dios no sólo ha restaurado nuestra dignidad humana como imagen de Dios, sino que nos ha hecho partícipes, de modo más admirable aún, de su naturaleza divina

«El bautismo de San Francisco», de Antonio Viladomat - Museo Nacional de Arte de Cataluña, Barcelona (España)





Las tiendas de Pedro

✠ Diác. Francisco Javier de Oyarzábal Gutiérrez-Barquín, EP



*Como otros
Pedro, a
menudo
preferimos
construir
nuestras
propias
tiendas en
este mundo
en lugar de
convertirnos
en templos
donde Dios
pueda habitar*

Tres apóstoles y dos profetas ante Dios hecho hombre, que en lo alto del monte Tabor se muestra en todo su esplendor. ¡He aquí la escena grandiosa y sublime de la transfiguración! Espectáculo inabarcable, que tuvo como testigos terrenos a Pedro, Santiago y Juan, y como representantes de los bienaventurados los grandes Moisés y Elías: «Se transfiguró delante de ellos, y su rostro resplandecía como el sol, y sus vestidos se volvieron blancos como la luz» (Mt 17, 2).

En medio de la sublime visión y atraído irresistiblemente por ella, el impetuoso Pedro exclama: «Señor, ¡qué bueno es que estemos aquí! Si quieres, haré tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías» (Mt 17, 4). Pero enseñada se oyó la voz del Padre, que cambió la valentía del príncipe de los Apóstoles en duda y temor, al ver frustrados sus planes tan humanos como distantes de la voluntad divina.

Cayendo, pues, con el rostro en tierra, y así postrado junto a los «hijos del trueno» (Mc 3, 17), debió recordar en lo más profundo de su corazón la reprimenda del Maestro: «¡Quítate de mi vista, Satanás!, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres» (Mc 8, 33). El temor invadió entonces el alma de Pedro, como la de los hijos de Zebedeo, hasta el momento en que el Señor les dijo: «Levantaos, no temáis» (Mt 17, 7).

De hecho, no era la primera vez que el miedo se apoderaba del interior de los apóstoles. Recordemos,

entre otros, el pasaje del lago de Genesaret, cuando temblaron al ver al divino Maestro caminando sobre las aguas mientras intentaba tranquilizarlos, diciendo: «¡Ánimo!, soy yo, no tengáis miedo» (Mc 6, 50).

¿Por qué temblar ante aquel que tanto los amaba y que había venido a salvarlos, prometiéndoles su propio Reino?

Porque, al igual que Pedro, los demás apóstoles aún buscaban al Señor y su Reino en el mundo, en las glorias mundanas y en las preocupaciones materiales, cuando deberían hacerlo en sus propias almas: «El Reino de Dios está en medio de vosotros» (Lc 17, 21).

En efecto, siempre que alguien se deja abatir por el infortunio, permitiendo que el miedo y la falta de confianza en Dios invadan su alma, es porque, como otro Simón Pedro, ha apartado al Señor del centro para hacer las «tiendas» del egoísmo, del capricho y de la ambición.

Jesucristo no necesitaba las tres tiendas de Pedro, pues los templos que Él buscaba ya estaban allí: ¡eran los propios apóstoles! ¿Qué deseaba entonces el Salvador? Sólo habitar en sus almas, a fin de que se convirtieran en sus instrumentos para la instauración de su alianza eterna, tal como Dios había establecido antaño, por medio de Moisés, el Arca de la Alianza en la Tienda del Encuentro.

Cabe preguntarnos: ¿prefero construir mi tienda en este mundo o ser un templo donde Dios pueda habitar? ✠



Francisco Lecaros

«La Transfiguración», de Pedro Serra - Retablo del Espíritu Santo, Colegiata Basílica de Santa María de la Aurora, Manresa (España)

El agua de la vida

✠ P. Dartagnan Alves de Oliveira Souza, EP



El Evangelio nos narra que era alrededor del mediodía cuando Jesús, cansado del viaje, se sentó junto al pozo de Jacob. Al acercarse una mujer samaritana a sacar agua, le dice: «Dame de beber».

Dada la enemistad existente entre judíos y samaritanos, y habiendo reconocido que el Señor era del pueblo elegido, la mujer se sorprendió de que le dirigiera la palabra. Entonces, el Maestro le contestó: «Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice “dame de beber”, le pedirías tú, y Él te daría agua viva» (Jn 4, 10).

Tras interrogarle cómo podía darle agua si ni siquiera tenía un cubo para sacarla, la samaritana le escuchó revelar detalles de su vida y comprendió que estaba ante el Mesías, por lo que se apresuró a llamar a otros miembros de su pueblo, que también creían en Él.

Deteniéndose junto al pozo de Jacob, el Señor esperó que llegara allí el alma que deseaba salvar, aunque aquella mujer, al dirigirse al lugar en una hora en la que otras personas no iban —para no causar escándalo con su presencia, pues vivía en estado de pecado—, ni siquiera podía imaginar que la verdadera Fuente de Vida la esperaba allí.

Cuántos de nosotros, avergonzados de nuestro proceder y olvidados de que Jesús vino a este mundo para iluminar a los que caminan en tinieblas (cf. Is 9, 1), también dudamos cuando Él se presenta para saciarnos.

El agua viva prometida por el divino Redentor es aquella que calma la sed provocada por las pasiones mundanas, la cual lleva al alma a desear cada vez más de la fuente del pecado, sin satisfacer nunca sus apetitos desenfrenados.

El pecado atrae al hombre que, siempre sediento, murmura contra Dios, como otrora el pueblo de la Alianza contra Moisés: «¿Por qué nos has sacado de Egipto para matarnos de sed?» (Éx 17, 3). Como si la culpa de las consecuencias de nuestros pecados fuera del Señor y no de nuestras malas acciones.

Con razón afirma San Agustín: «Nos has hecho para ti, Señor, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti».¹ Así, esta liturgia nos invita a buscar en la Fuente de la Vida el agua que sacia el alma, rechazando el agua de las pasiones que corrompen el interior del hombre y lo alejan de la felicidad eterna.

Instada por el divino Maestro a recibir el agua de la vida, la samaritana fue invitada a abandonar el pecado. Del mismo modo, cada uno de nosotros, al recibir al Redentor, no podemos alimentar el deseo de servir a Dios y seguir viviendo conforme al espíritu del mundo.

Nuestra gran decisión en esta Cuaresma debe ser la de rechazar el pecado, para que nuestra sed sea saciada por el agua viva. Y para alcanzarla, basta con suplicar a aquella que es Madre, María Santísima, y que puede llevarnos directamente a la Fuente de la que brota el agua de la vida eterna. ✠

*Instada por
el divino
Maestro a
darle de beber,
la samaritana
recibe, ella
misma, el
agua de la
vida eterna*

¹ SAN AGUSTÍN. *Confessionum*. L. I, c. 1, n.º 1.



Jesús con la samaritana - Museo de Arte y Arqueología, Valence (Francia)

A Dios nadie le engaña



✠ P. César Javier Díez Juárez, EP

El cuarto domingo de Cuaresma es llamado Domingo *Laetare* —es decir, «Alégrate»— porque, transcurrida más de la mitad de este tiempo penitencial, la Iglesia nos ofrece un breve respiro para anticipar las gracias de la Redención que se acerca, anunciada por la antífona de entrada: «Alégrate, Jerusalén, reúnes todos los que la amáis».

Pero esta es una alegría que sólo podemos alcanzar si adaptamos nuestros criterios a los de Dios. Y por eso la liturgia nos invita a estar vigilantes para no engañarnos nunca, siguiendo las normas y superficialidades del mundo. Las lecturas nos muestran un clarísimo contraste entre la apariencia y la verdad del corazón, la luz y la oscuridad, la ceguera física y la ceguera espiritual.

En la primera lectura, Dios quiere educar a su profeta y le advierte que no se fije en las exterioridades, pues «el Señor mira el corazón» (1 Sam 16, 7). Y Samuel se adapta a su voluntad.

San Pablo nos exhorta, en la segunda lectura, a discernir lo que agrada al Altísimo, desenmascarando las obras de las tinieblas y separándonos de ellas (cf. Ef 5, 11). Solamente así daremos frutos propios de hijos de la luz: bondad, justicia, verdad (cf. Ef 5, 9).

El Evangelio confronta la actitud de los fariseos —que ven el mundo material, pero no perciben nada en el campo sobrenatural— con la de un mendigo ciego de nacimiento, a quien el Señor no sólo le devuelve la vista física, sino que le concede la vista espiritual.

Ante el pueblo, los fariseos supieron rodearse de un aparente halo de virtud y justicia que no correspondía a su ser interior, artificio que los volvió ciegos de corazón y les impidió adaptarse a los criterios divinos. Así, terminan juzgando los milagros realizados por el Señor como transgresiones a la ley mosaica (cf. Jn 9, 16).

El ciego de nacimiento, por el contrario, gracias a la rectitud de su corazón, defiende a quien lo curó y da un testimonio valiente ante los fariseos, sin respeto humano ni miedo a ser castigado con la pena de exclusión de la comunidad judía:

«Si este hombre no viniera de Dios, no tendría ningún poder» (Jn 9, 33).

Esta actitud de hijo de la luz fue recompensada por Jesús, quien le abrió los ojos de la fe para que, postrándose ante Él, lo reconociera como el Mesías esperado.

Los ejemplos que nos ofrecen las lecturas son una buena ocasión para que hagamos un serio examen de conciencia y, de este modo, afrontar la segunda etapa de la Cuaresma preguntándonos: ¿Intento adecuar mi forma de vivir a los principios morales de la Iglesia? ¿Cuál es mi actitud

cuando estos principios chocan con mis costumbres? ¿Prefiero no conocerlos en profundidad para que así mi conciencia no me acuse?

Seamos como el profeta Samuel y dejémonos educar por el divino Maestro; abandonemos todo lo que dificulta nuestra unión con Él, ya sean costumbres, criterios, respetos humanos... Entonces podremos regocijarnos verdaderamente y disfrutar de las gracias propias de este Domingo *Laetare*. ✠

Dios ve el interior; preparémonos en esta Cuaresma para tener un corazón recto, lleno de intenciones que le sean agradables

Francisco Lecaros



El profeta Samuel, de Claude Vignon - Museo de Bellas Artes, Ruan (Francia)

El verdadero abandono en las manos de Dios

✠ P. Leandro César Ribeiro, EP



Si tuviéramos la posibilidad de reescribir la historia, ¿sería análoga a la que fue escrita por Dios? Probablemente no, pues Él tiene designios insondables que a menudo resultan difíciles de comprender para nuestra limitada inteligencia... ¿Cuántas veces hemos oído el dicho de que «Dios escribe recto en renglones torcidos»? En realidad, el Señor siempre escribe recto en renglones rectos; somos nosotros quienes los vemos torcidos. Todo lo que Él hace, por muy incomprensible que parezca a primera vista, esconde maravillas de su infinita sabiduría.

Un ejemplo de esta realidad lo encontramos en el Evangelio de este quinto domingo de Cuaresma, que relata el mayor milagro realizado por el Señor, después de su propia Resurrección: la resurrección de Lázaro. Si se nos hubiera concedido la gracia de estar presentes en ese sublime acontecimiento con la posibilidad de reescribirlo a nuestro criterio, sin duda las cosas habrían sucedido de una manera mucho menos gloriosa.

Imaginemos la aflicción de Marta y de María al ver acercarse la muerte de su hermano enfermo y, tras haber llamado al Señor, pasar los días sin que el Maestro las atendiera. Cuántos desconocidos eran curados por Jesús e inexplicablemente se negaba a socorrer a uno de sus mejores amigos... Si pudiéramos dirigir el curso de los acontecimientos es muy probable que el Redentor lo hubiera sanado a distancia o, al menos, se hubiera apresurado a llegar hasta él.

Eso no fue lo que ocurrió. Jesús dejó pasar los días y esperó a que su amigo muriera, no porque lo despreciara, sino para tener la oportunidad de manifestarle la plenitud de su amor. A Lázaro no le estaba reservado sólo un milagro, sino el mayor de los milagros: el Salvador lo sacaría del sueño de la muerte después de cuatro días, manifestando como nunca su divinidad.

Esa actitud del Señor se repite con frecuencia en nuestras vidas. En muchas ocasiones, los acontecimientos no salen como esperamos, e incluso a veces toman un rumbo diametralmente opuesto.

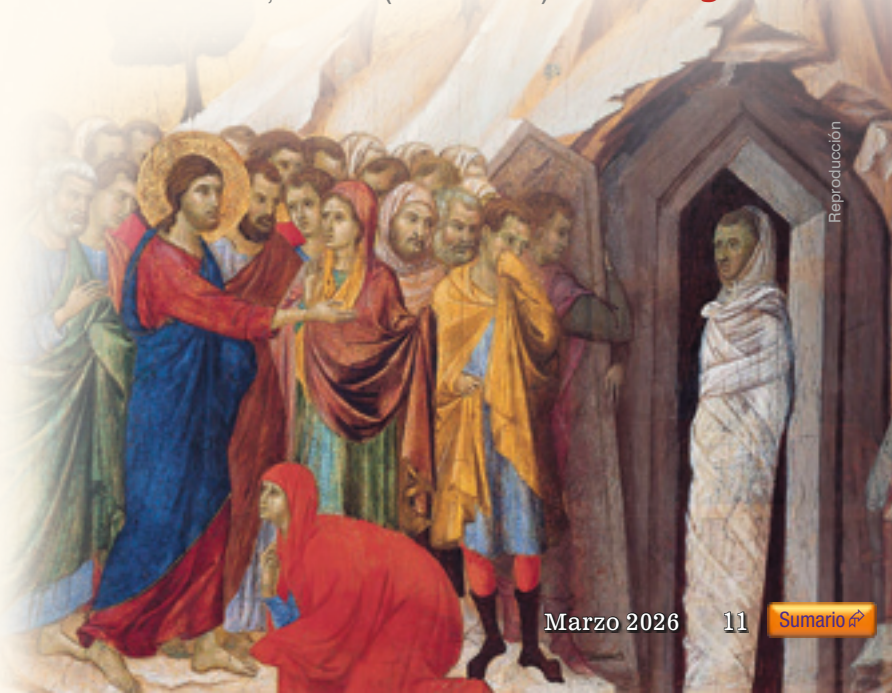
¿Cómo reacciono ante estos reveses? ¿Acepto con entusiasmo el designio de Dios o mi actitud es de rebeldía porque Él no hace mi voluntad?

La humanidad hodierna vive alejada del Señor y por eso resulta cada vez más difícil conformarse a sus designios. ¿Cuántas patologías contemporáneas podrían curarse simplemente si las personas aceptaran con amor la voluntad divina? Las maravillas que Dios le reserva a cada uno de nosotros son extraordinarias, pero no siempre coinciden con nuestros anhelos imperfectos, fruto de una voluntad desordenada.

Para cumplir de verdad nuestro llamamiento, debemos tener la humildad de aceptar el designio de lo alto para con nosotros y no tratar de llevar a cabo lo que concebimos según nuestros criterios. Al hacerlo así, estaremos realmente en las manos de Dios y habremos encontrado el camino a la verdadera felicidad. ✠

*Si la curación
de Lázaro
hubiera
dependido
de nosotros,
¿habríamos
procedido
como el Señor?
Ciertamente
que no, y
todo habría
ocurrido de
una manera
menos gloriosa*

«La resurrección de Lázaro», de Duccio di Buoninsegna - Museo de Arte Kimbell, Fort Worth (Estados Unidos)



Reproducción

No endurezcamos nuestro corazón

✠ P. Francisco Berrizbeitia Hernández, EP



El contraste entre las aclamaciones del Domingo de Ramos y los gritos de condena unos días después nos recuerda que la superficialidad no puede arraigar en nuestras almas

La liturgia del Domingo de Ramos, con su procesión y misa, nos presenta dos evangelios en los que se confrontan la gloria y la pasión de Cristo, invitándonos a meditar estos altos misterios como preparación al triduo pascual.

El Señor elige la Ciudad Santa como escenario de los dramáticos episodios de la Redención: «¡Alégrate, Jerusalén! Mira que viene tu rey, justo y triunfador, pobre y montado en un borrico, en un pollino de asna» (Zac 9, 9). Allí, Jesús es recibido y aclamado al son de cantos y alabanzas: «¡Hosanna —redención, en hebreo¹— al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!» (Mt 21, 9). Algunos extendían sus mantos, otros cortaban ramas de árboles y las esparcían por el camino para manifestar su alegría. Lo que los fariseos, los doctores y las autoridades del sanedrín le habían negado, la multitud lo proclamaba, sacudiendo la ciudad hasta sus cimientos.

Sin embargo, Jerusalén yacía en las tinieblas de la mediocridad y el mundanismo. El Templo se había convertido en una cueva de ladrones, el sacerdocio se había dividido en facciones, el pueblo

había perdido la esperanza en la venida del Mesías. Sólo querían un líder que los liberara de la dominación romana y los hiciera señores del mundo. Por eso pasaron de las aclamaciones del Domingo de Ramos a los gritos de condena del Viernes Santo, pues, como profetizó Isaías, tenían a Dios en sus labios, pero no en su corazón (29, 13).

El evangelista nos cuenta un detalle que no pasa desapercibido. En dos ocasiones la Ciudad Santa fue sacudida ante la presencia del Mesías. Con motivo de su nacimiento, cuando llegaron los Reyes Magos preguntando: «¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido?» (Mt 2, 2). Y en el episodio que hoy celebramos: «Al entrar en Jerusalén, toda la ciudad se sobresaltó preguntando: “¿Quién es éste?”. La multitud contestaba: “Es el profeta Jesús, de Nazaret de Galilea”» (Mt 21, 10-11).

La presencia del Señor era una censura a la incredulidad, a los vicios y a la dureza de corazón de aquellos judíos. De ahí que apoyaran la conspiración de sus dirigentes. Muy poco sabían que se estaban desenmascarando al mostrar un odio irracional y satánico. Con la muerte del Redentor se produjo la auténtica separación: «El velo del templo se rasgó en dos de arriba abajo; la tierra tembló, las rocas se resquebrajaron, las tumbas se abrieron y muchos cuerpos de santos que habían muerto resucitaron» (Mt 27, 51-52). La higuera estéril fue arrancada de raíz y en su lugar germinó la semilla nacida del costado de Cristo: la Santa Iglesia Católica.

Pidamos —por los méritos de la pasión de Cristo y de los dolores de María Santísima— la gracia de estar siempre atentos a lo que Ellos nos piden y no endurecer nunca nuestro corazón por los oropeles del mundo o la mediocridad de la vida cotidiana. ✠



La entrada de Jesús en Jerusalén - Museo Nacional de Varsovia (Polonia)

¹ Cf. SAN HILARIO DE POITIERS. *Comentario al Evangelio de Mateo*, c. XXI, n.º 3. Madrid: BAC, 2010, p. 265.

UN «NO» DE DIOS, QUE SE CONVIRTIÓ EN UNA GESTA

La ruta estaba trazada: de Poitiers iría a Lyon; de allí atravesaría el Piamonte para llegar a Bolonia, Rimini, Loreto y, finalmente, a la tan deseada Roma. Y desde la Ciudad Eterna pasaría a Canadá, Japón o cualquier otro remoto lugar del mundo donde no se hubiera oído hablar de Jesús y de su Madre. El ardor apostólico de San Luis María Grignon de Montfort no había encontrado un camino más rápido y directo para alcanzar sus esperanzas misioneras.

Era un camino rápido y directo, sí, pero ni mucho menos recto ni fácil. El joven sacerdote estaría expuesto a los ataques de los hombres y del clima, a las humillaciones, a la pobreza más aflictiva y al agotamiento corporal y psicológico. ¡Pero no le importaba! El desprecio de los clérigos, la desconfianza de las poblaciones, las noches bajo la fría luz de las estrellas: nada de esto le impediría dirigirse al Santo Padre para hablarle de la conquista del mundo pagano para la Santa Iglesia. Francia, su patria, no quería escucharlo; entonces se volvería hacia los gentiles, hacia la inmensa multitud de pueblos por bautizar.

Con tales propósitos, el P. Luis María entró, finalmente, en Roma. Unos días después, el 6 de junio de 1706, el papa Clemente XI recibió al peregrino y acogió con agrado su apasionada exposición. Le habló al

Vicario de Cristo de los chinos que nunca habían oído el Evangelio, de los Santos Lugares de Jerusalén que no tenían dignos reverenciadores, del inmenso Canadá que esperaba más predicadores...

Mientras el P. Luis María exponía sus proyectos, el romano pontífice sonreía, pues veía en aquel hombre a

«Tenéis, señor, —respondió el Papa al final de las palabras del P. Luis María— un terreno muy amplio en Francia para ejercitar vuestro celo; no vayáis a otro sitio». El fogoso sacerdote inclinó la cabeza y, refrenando su entusiasmo, obedeció.

Dios había puesto en el interior de San Luis María Grignon de Montfort ardientes anhelos de luchar por la conversión de las almas. Y el santo había interpretado la voz divina como un llamamiento a las misiones lejanas. Sin embargo, cuando oyó la orden del Santo Padre, no lo tomó como algo opuesto a las promesas del Señor. Más bien, subyugó su criterio a los juicios inefables del Altísimo. Había allí un grandioso y desconocido designio.

Se lanzó, pues, con valentía al apostolado entre sus compatriotas, especialmente en la Vandea y Bretaña. Y si hubiera vivido allí hasta finales de siglo, habría visto cumplida la augusta intención de Dios con ese aparente engaño. De hecho, únicamente en esas regiones fue donde la Revolución francesa encontró una oposición intrépida y organizada. Sólo del suelo regado por las predicaciones de San Luis María brotó la resistencia a esa irrupción de ateísmo que persiguió a la Iglesia y expulsó a Dios del altar. Sólo allí se escribió una épica y dolorosa gesta cristiana. ✠



Subyugando sus propios criterios, San Luis María se lanzó con valentía en el apostolado entre sus compatriotas

Predicación de San Luis María Grignon de Montfort - Iglesia de San Pedro, Domagné (Francia)

un enviado de la Providencia para... Francia, donde la herejía y el cisma proliferaban. El jansenismo se había instalado allí con fuerza, apartando al pueblo fiel de Jesús Hostia, y el galicanismo amenazaba con separar a la nación francesa de la Iglesia romana. Por lo tanto, el campo de batalla no era Laponia, Mongolia o Indonesia.



Elevación a la vida divina

La gracia es un don gratuito, un regalo divino superior a todo el orden natural creado. Por ella somos elevados del plano meramente humano a la categoría de seres deificados.

✠ Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

Recuerdo la primera conversación sobre vida espiritual que tuve con el Dr. Plinio, en 1959, cuando aún era muy joven y le pedí un consejo que me ayudara a decidir qué carrera debía seguir.

El Dr. Plinio quedó en recibirme a las cinco de la tarde en su despacho de abogado. Cuando llegué, lo encontré sentado en un sillón del vestíbulo, conversando con dos señores. Nos saludamos y me invitó a esperar en la sala contigua.

Entré y comencé a acompañar desde cierta distancia la conversación, que versaba sobre un tema que en ese momento yo no conocía, pero que despertó mi atención: la gracia.

Un misterio revelado por el Hombre Dios

Discutían si la gracia puede o no estar en objetos puramente materiales, como, por ejemplo, un ambiente como la Sainte Chapelle, o si está hecha sólo para el hombre y el ángel, es decir, para los seres inteligentes. Y el Dr. Plinio planteaba una serie de cuestiones: «¿Qué significa participar de la naturaleza divina? ¿Cómo se da esa participación?». Hasta que uno de sus interlocutores exclamó: «Plinio, así no se puede... ¿Quieres desentrañar todos los misterios que existen!». Él, sin embargo, respondió: «No, quiero llevar mi conocimiento hasta donde la inteligencia humana pueda comprender!».

Cuando se es joven, los hechos dejan una huella profunda, y recuerdo

haber pensado: «Algún día estudiaré ese asunto, porque parece interesantísimo». En efecto, el episodio me abrió los horizontes para explorar más adelante un tema tan maravilloso y fundamental, hasta el punto de que mucho más tarde, en 1990, el Dr. Plinio mantuvo varias conversaciones conmigo para profundizar al respecto.

«Participar de la naturaleza divina»: este punto giró por su mente toda su vida. Tenía fe, pero quería obtener una respuesta exacta, porque deseaba hacer exposiciones e incluso impartir un curso sobre una materia tan central —que nunca había tenido oportunidad de estudiar en profundidad por falta de tiempo—, pues sabía que haría bien a las almas.

Ahora bien, la gracia es un misterio completamente inaccesible que, si no hubiera sido revelado por Nuestro Señor Jesucristo en el Nuevo Testamento, nadie

sería capaz de escudriñar. E incluso después de revelado, aún se cierne sobre él cierta sombra que no logramos penetrar: «¿Soy hijo de Dios?...».

Mientras estamos en esta tierra, es importante, por tanto, preocuparnos por los grandes horizontes del mundo sobrenatural y tratar de recorrer las explicitudes que nos ofrece la buena teología, hasta el límite al que ha llegado.

A cada naturaleza le corresponden fuerzas proporcionales...

El cristiano está acostumbrado al nombre de «hijo de Dios», y sería casi una ofensa negarle este título. Pero, en realidad, el hecho de ser producido por alguien no confiere el derecho de filiación. Un relojero que fabrica un reloj o un carpintero que hace muebles no pueden llamar «hijo» a las obras de sus manos. Para ser hijo, es necesario que el padre transmita, por vía de generación natural, su propia vida y naturaleza. Las crías de león son leones, y los hijos de los hombres son hombres.

Sabemos que en el orden de la naturaleza existen los minerales, los vegetales, los animales, los hombres y los ángeles; y en un nivel superior se encuentra el plano sobrenatural de la gracia y, después, la unión hipostática. No obstante, por encima de todo lo creado está la naturaleza divina, que se define por la capacidad que Dios tiene de entenderse a sí mismo tal como es y de amarse en virtud de su deidad.

La gracia es un misterio inaccesible que, si no hubiera sido revelado por Nuestro Señor Jesucristo, nadie sería capaz de escudriñar

La naturaleza mineral se caracteriza por la perennidad; sin embargo, es inanimada. La vegetal ya posee un principio vital y cierto movimiento en busca del sol, el agua y los nutrientes. La naturaleza animal presenta un grado más de vida, ya que se define por la sensibilidad. La naturaleza humana, por su parte, tiene el uso de la razón y de la voluntad. Y la naturaleza angélica, dotada de gran inteligencia y un poder superior al de los hombres, se distingue por ser puramente espiritual.

En consecuencia, las fuerzas de un ser son proporcionales a la naturaleza que posee. ¿Cómo podríamos pedirle a un animal que resolviera un problema filosófico? Sería absurdo, pues jamás tendría capacidad para hacerlo. Del mismo modo, las fuerzas de un hombre o un ángel nunca serán divinas, sino siempre puramente humanas o angélicas.

... y una recompensa equivalente

Asimismo, la recompensa que se puede obtener debe ser proporcional a las fuerzas que la merecieron. No tendría sentido premiar con una condecoración intelectual los esfuerzos físicos de transporte de peso realizados por un elefante, ya que el animal no podría beneficiarse de ella, pues su naturaleza no se lo permite.

De la misma manera, el galardón que el hombre pueda llegar a conseguir por sus acciones naturales, aunque cumpla con celo y heroísmo todos los

mandamientos o atravesase los mayores tormentos y sacrificios, nunca será una recompensa divina ni tendrá absolutamente valor para la vida eterna,¹ porque su mera naturaleza es incapaz de merecer nada en el orden sobrenatural.

El Cielo consiste, ante todo, en ver a Dios cara a cara; y ningún ser creado, ni siquiera un ángel en su más plena potencia, tendría jamás la posibilidad de conocerlo y de gozar de su visión, a no ser que se le concediera un don sobrenatural.

Sólo la gracia santificante nos eleva a esa felicidad que Dios se habría reservado para sí, pero que quiso extender a las criaturas racionales.

Se cuenta el hecho histórico de que Miguel Ángel, cuando terminó la famosa escultura de Moisés, quedó tan embelesado con su obra que dio un martillazo en una de las rodillas de la estatua, diciendo: *Parla! Perché non parli?* —¡Habla! ¿Por qué no hablas? El genio del Renacimiento, considerado uno de los artistas más grandes de la historia, no pudo transferir su naturaleza humana al mármol que había esculpido.

No obstante, Dios se entusiasmó, mucho más que Miguel Ángel, con la imagen que Él hizo de sí mismo y amó

al hombre sin medida. Por lo tanto, no se contentó con dejarlo en la condición de mera figura y quiso transmitirle su propia naturaleza divina.

¿Qué es la gracia santificante?

¿Cómo puede Él divinizarnos? Por la gracia santificante, un don creado que, al penetrar en el alma, la eleva a la categoría divina, pues santifica esencialmente a quienes la reciben.

No hubo un momento en que Adán y Eva, salidos de las manos de Dios, permanecieran como simples criaturas y fuera del estado de gracia. Según la doctrina católica, cuando Dios sopló sobre el muñeco de barro, ya le infundió las dos vidas, la natural y la sobrenatural. Y lo mismo hizo cuando constituyó a Eva de la costilla de Adán. Sin embargo, ambos pecaron y fue necesario que Cristo, nuestro Señor, naciera en el pesebre de Belén y obrara la Redención, restableciendo la vida sobrenatural a través de los sacramentos.

La gracia es un don gratuito, un regalo divino superior a todo el orden natural creado. Si sumamos los topacios y demás piedras preciosas, los astros, las águilas y tantos otros hermosos animales, los hombres y los ángeles, todas

*Sumadas todas las
criaturas juntas:
piedras preciosas,
astros, animales,
hombres, ángeles, nada
son comparadas con
una «gota» de gracia*



Giles Laurent (CC by-sa 4.0)

Santiago Vileto

Alexander Kurilov (CC by-sa 4.0)

estas criaturas juntas no son nada comparadas con una «gota» de gracia.

Así dice Santo Tomás: «El don de la gracia sobrepasa todas las facultades de la naturaleza creada, porque es una participación de la naturaleza divina, y ésta pertenece a un orden superior al de toda otra naturaleza».²

¿Hierro o fuego?

Para explicar la manera cómo se produce esa participación, el Doctor Angélico ofrece un ejemplo muy convincente: si tomamos una barra de hierro a temperatura ambiente y la colocamos durante cierto tiempo en una fragua, al retirarla sale incandescente e incluso en llamas, hasta el punto de que no se puede palpar el hierro con las manos porque se quemarían como si tocaran directamente el fuego. ¿Qué ocurrió? El fuego transmitió su calor al hierro y éste, sin dejar de ser metal, adquirió todas las propiedades del fuego.

Algo análogo sucede con el alma cuando recibe la gracia: sigue siendo enteramente humana, pero se le añade una cualidad divina, que le da una participación real, auténtica y verdadera en la naturaleza misma de Dios; lo que significa tener la posibilidad de verlo como Él se ve, de amarlo como Él se ama y de gozar de Él como Él goza de sí mismo. A través de ese «rayo» de la gracia, el Señor nos eleva de plano, de modo que ya no somos meras criaturas, sino que pasamos a la categoría de seres deificados.

Scheeben, gran teólogo alemán del siglo XIX, resume así esta verdad: la «naturaleza divina, por el infinito poder de su caridad, atrae a la nuestra, la adopta en su seno por la gracia, sumergiéndola como se sumerge el hierro en

el horno. De esta suerte, pertenecemos a la raza de Dios, como la palmera al reino vegetal y el león al animal».³

Así como, al mirar un árbol, comprendemos de inmediato que forma parte de la naturaleza vegetal o, al ver pasar un perrito, sabemos que pertenece al reino animal, cuando contemplamos a alguien cuya alma está en gracia —como, por ejemplo, un niño recién bautizado—, deberíamos decir: «¡He aquí un santo! Éste es divino, pertenece al Reino de Dios».

Hijo de Dios...

¿Cuáles son sus consecuencias? Sin duda, el efecto principal de la gracia consiste en conferir la participación en la naturaleza de Dios. Pero de ella se derivan otras riquezas de grandísima importancia. Si, como hemos comentado antes, hijo es aquel que recibe la misma naturaleza del padre, aquellos que poseen la gracia ya pueden decir: «Somos hijos de Dios» (1 Jn 3, 2).

Esta filiación divina por medio de la gracia no debe confundirse con la filiación natural del Verbo en el seno del Padre, pues sólo Nuestro Señor Jesucristo es engendrado por naturaleza, tal

como rezamos en el credo al llamarlo Hijo unigénito. Nosotros, en cambio, somos hijos por adopción.

No obstante, el término *hijo adoptivo* puede dar la impresión de que se trate de una simple adopción legal, cuyo valor es comparable al de aquella formalizada mediante un documento en el registro civil. El hecho de que un niño alemán sea adoptado por padres chinos no significa que adquirirá los rasgos y la mentalidad chinos. El niño crecerá alemán y siempre lo seguirá siendo en el seno de esa familia china.

Con la gracia ocurre algo mucho más efectivo: desde el momento en que penetra en el alma, hace que ésta adopte la forma de Dios. Y por eso la teología enseña que es una participación *física* y *formal* en la vida divina. La gracia no es una vestidura colocada sobre nuestro cuerpo, sino una cualidad que nos reviste por dentro y nos transforma.

Los teólogos buscan ilustrar este misterio utilizando la siguiente imagen: consiste en una adopción tan profunda e intrínseca que sería más o menos como si le sacaran toda la sangre al niño y le inyectaran en sus venas la sangre de Nuestro Señor Jesucristo.

*Así como el hierro
adquiere las
propiedades del fuego
al ser colocado en la
fragua, también el
alma se diviniza al
recibir la gracia*

A la derecha, detalle de «La Coronación de la Virgen», de Fra Angélico - Galería Uffizi, Florencia (Italia)

... y sus herederos

Otra consecuencia necesaria de nuestra filiación divina adoptiva es que nos convirtamos en herederos de Dios, como escribe San Pablo en su carta a los romanos en su carta a los romanos (cf. Rom 8, 17).

Volviendo a la metáfora del matrimonio chino, supongamos que, además del alemancito adoptado, tuvieran diez hijos. Al fallecer los padres, sus bienes se dividirían entre los once, quedando una porción pequeña e igual para cada uno. Tal es el reparto de la herencia entre hermanos meramente humanos o legales.

La herencia divina se distribuye de manera muy diferente: como Dios no muere, y lo que tiene para darnos es infinito, poseeremos con Él una herencia tan rica que, pese al inmenso número de sus hijos, nunca sufrirá ninguna disminución, pues se trata de la misma recompensa que Dios se reserva para sí desde toda la eternidad: verlo como Él se ve y amarlo como Él se ama.

Por lo tanto, cruzado el umbral de la muerte, poco después del juicio veremos al Señor cara a cara y gozaremos de la felicidad absoluta de estar con Dios y en Dios, como Él tiene la felicidad de estar en sí y de ser quien es.

Alcanzaremos entonces la consumación del estado de gracia, porque la gracia y la gloria son sustancialmente la misma vida, tan sólo con una diferencia de grado: la primera en estado de semilla —incoativo, como lo denomina la teología— y la segunda en plenitud, así como un niño es un adulto en germen. En este sentido, afirma Santo Tomás: «La gracia no es otra cosa que un anticipo de la gloria en nosotros».⁴

Además, todas nuestras apetencias se verán atendidas; todo aquello que deseamos y anhelamos será satisfecho.



Archivo Revista

Monseñor João en junio de 2005

*La gracia
santificante nos
une íntimamente a
Dios, haciéndonos
templos vivos de la
Santísima Trinidad y
hermanos de Cristo*

Hermanos de Jesucristo

Existen todavía muchos otros efectos de la gracia santificante, como darnos la vida sobrenatural, hacernos justos y agradables a Dios, conferirnos la capacidad de mérito sobrenatural, unirnos íntimamente a Dios y hacernos templos vivos de la Santísima Trinidad. Pero hay uno al que San Pablo alude varias veces en sus epístolas (cf. Rom 8, 17.29; Heb 2, 11) y que bastaría para volvernos locos de amor: ¡somos hermanos de Nuestro Señor Jesucristo!

Imaginemos que alguien nos presentara a un príncipe de gran elegancia

y encanto. Seguramente nos quedaríamos impresionados y lo saludaríamos con mucha deferencia. Sin embargo, a nosotros se nos da mucho más, pues nos relacionamos como hermanos de Nuestro Señor Jesucristo. ¡Cómo deberíamos querernos y estar dispuestos a hacer todo por los demás!

Esto sería suficiente para que cada uno de nosotros, al encontrarse con otro y saber que, por la misericordia de Dios, se mantiene en estado de gracia, lo tratara con profundo respeto e hiciera una genuflexión ante él por estar allí la vida divina. Amémonos, por tanto, unos a otros, de corazón y con ardor (cf. 1 Pe 1, 22). ✠

Fragmentos de exposiciones orales pronunciadas entre 1993 y 2006.

¹ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. I-II, q. 114, a. 2.

² *Idem*, q. 112, a. 1.

³ SCHEEBEN, Matthias Joseph. *Las maravillas de la gracia divina*. Buenos Aires: Desclee de Brouwer, 1945, I, I, c. v, [s. p].

⁴ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *op. cit.*, II-II, q. 24, a. 3, ad 2.

Nueva vida, nuevo modo de obrar

La gracia santificante se desarrolla en nuestras almas por medio de las virtudes y los dones del Espíritu Santo, que, junto con ella, constituyen el fundamento de nuestro organismo sobrenatural.



✠ Larissa Saraiva Ferreira Guimarães

Desde los albores de la creación, asemejarse a Dios ha sido un profundo anhelo del hombre, hecho a su imagen y semejanza. Sin embargo, el orgullo cegó a nuestros primeros padres —y, en ellos, a toda la humanidad—, distorsionando este saludable anhelo en sus almas. Sus primigenios movimientos de imitación del Señor, con vistas a la unión con Él, degeneraron en la pretensión de igualarse a la divinidad para emanciparse de ella. Entonces apareció la serpiente y los fascinó con su invitación: «Seréis como Dios» (Gén 3, 5).

No obstante, en sus designios insondables, el Padre celestial ha puesto nuevamente a nuestra disposición, en virtud de los méritos infinitos de la Redención obrada por Nuestro Señor Jesucristo, medios eficaces y sobrea-bundantes para alcanzar la verdadera deificación. Ésta comienza en nosotros en el momento del bautismo, cuando nos es infundido en el alma un auténtico organismo sobrenatural.

A una nueva vida corresponde un nuevo modo de actuar

Para comprender mejor esta sublime realidad, consideremos la propia vida natural del hombre, pues, aunque la vida sobrenatural le es infinitamente superior en grado infinito, «no le es superpuesta simplemente, sino que la penetra por completo, la transforma y la diviniza».¹ Podemos, así, identificar una profunda analogía entre ambas.

En el orden natural, el alma es la fuente de la vida. Sin embargo, no es inmediatamente operativa, es decir, no realiza actos por sí misma; para obrar, se sirve de sus facultades —entendimiento, voluntad y sensibilidad. Algo parecido ocurre en el orden espiritual: para desarrollarse, la gracia santificante necesita hábitos operativos —las virtudes y los dones del Espíritu Santo—, que, junto con ella, constituyen el fundamento de nuestro organismo sobrenatural.²

Por usar una imagen: al igual que una persona sana, además de cabeza y tronco, tiene miembros que le permiten moverse y actuar, el alma divinizada por la gracia posee virtudes y dones, los cuales son como brazos y piernas que le dan la posibilidad de obrar, guardando las debidas proporciones, como Dios mismo.

En resumen, mientras que por la gracia santificante recibimos un nuevo modo de ser, por las virtudes y los dones adquirimos un nuevo modo de obrar, o sea, la capacidad de producir actos sobrenaturales y meritorios ante el Señor.

Las virtudes infusas: camino hacia la santidad

«Con ella vinieron todos los bienes juntos, tiene en sus manos riquezas incontables» (Sab 7, 11). Esta afirmación de las Escrituras, referida a la sabiduría, bien puede aplicarse a la gracia santificante, mediante la cual recibimos el magnífico tesoro de las virtudes. La

doctrina católica las divide en dos categorías: teologales y morales.

Las virtudes teologales, que vivifican a todas las demás, son tres: fe, esperanza y caridad. Conciernen a la unión con Dios, nuestro fin último sobrenatural, y nos ponen en constante relación con la Santísima Trinidad. En cuanto a nuestra relación con el prójimo, entran en escena las bellas virtudes morales, que la teología resume en cuatro principales, llamadas cardinales: prudencia, justicia, fortaleza y templanza. Éstas nos permiten vivir en este mundo de acuerdo a nuestra altísima condición de hijos de Dios, herederos del Reino celestial.

Ahora bien, el modo de obrar de las virtudes no es todavía el más excelente, pues lo que gobierna y regula su ejercicio es la razón del hombre iluminada por la fe;³ y el concurso de esta facultad nuestra no basta para manifestar todo el esplendor de la vida divina que hemos recibido. Tal perfección, por tanto, compete a los dones infusos.

Un «arpa» tocada por el Espíritu Santo

A diferencia de lo que ocurre con las virtudes, el Espíritu Santo es quien actúa a través de los dones,⁴ dejándole al hombre sólo un papel secundario. Así, los actos resultantes de esas potencias sobrenaturales tienen un aspecto mucho más divino que humano.

Contrariamente a lo que muchos piensan, las acciones más excelentes no son las que provienen de la ascética



Reproducción

práctica de las virtudes, sino las que proceden de los dones, porque son obra de Dios, y la santidad consiste en dejarse guiar por esas inspiraciones divinas. Quien vive así es perfecto en todo, como el Padre celestial (cf. Mt 5, 48), y puede repetir con San Pablo: «Vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí» (Gál 2, 20).

Un ejemplo dado por el P. Antonio Royo Marín, OP, ilustra muy bien la superioridad de los dones espirituales y cómo perfeccionan y completan las virtudes. Según el eminente teólogo, éstas son como un arpa que se le da al alma para que interprete armoniosas composiciones, que serían los actos sobrenaturales. Explica: «Como el artista que la maneja —la propia razón natural— es muy torpe y miope aun bajo las luces de la fe, resulta una melodía desafinada e imperfecta. [...] Hasta que llega un momento en que el propio Espíritu Santo pulsa el arpa de las virtudes infusas a través de los dones del mismo Espíritu Santo y sale del alma una melodía bellísima, absolutamente

divina, que no es otra cosa que los actos de virtud perfecta y heroica de los verdaderos santos».⁵

Hábitos infusos y bienaventuranzas

Por eso, cuando el alma es dócil a las mociones del Paráclito, produce actos de refinada virtud, como dulces y suaves frutos.⁶ Algunos de ellos son referidos por San Pablo en su carta a los gálatas: amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, lealtad, modestia, dominio de sí (cf. Gál 5, 22-23).

Mediante esos frutos alcanzamos también las bienaventuranzas mencionadas por Nuestro Señor Jesucristo en el sermón de la montaña. Éstas coronan la vida sobrenatural y, «en virtud de las recompensas inefables que las acompañan, son ya en esta vida como un anticipo de la bienaventuranza eterna».⁷

Santo Tomás de Aquino establece una interesante correspondencia entre las virtudes infusas, los dones del Espíritu Santo y las bienaventuranzas evangélicas. La virtud de la caridad,

por ejemplo, es perfeccionada por el don de sabiduría, que nos incluye en el número de los pacíficos, merecedores de ser llamados hijos de Dios (cf. Mt 5, 9). La esperanza, por su parte, se refina con el don del temor, que nos hace pobres de espíritu, poseedores del Reino de los Cielos (cf. Mt 5, 3). Y así sucesivamente.

Amor con amor se paga

Una atenta mirada a las maravillas obradas por Dios en nuestro favor en el momento de nuestro bautismo es suficiente para dejarnos abrumados de alegría, asombro y gratitud.

Ahora bien, amor con amor se paga. El Señor no espera de nosotros otro agradecimiento más que el que lo amemos con todo nuestro corazón. Y amar lo significa desarrollar al máximo nuestra vida sobrenatural y hacernos cada vez más deiformes.

Que María Santísima, Madre de la divina gracia, interceda por nosotros en este caminar hacia la eternidad y nos obtenga una santidad cristalina. ✠

¹ TANQUEREY, Adolphe. *Compêndio de Teologia Ascética e Mística*. 6.ª ed. Porto: Apostolado da Imprensa, 1961, p. 53.

² Cf. GARRIGOU-LAGRANGE, OP, Réginald. *Las tres edades de*

la vida interior. 3.ª ed. Buenos Aires: Desclée de Brouwer, 1944, p. 58.

³ Cf. ROYO MARÍN, OP, Antonio. *Teología de la perfección cristiana*. Madrid: BAC, 2012, p. 97.

⁴ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. I-II, q. 68, a. 1.

⁵ ROYO MARÍN, OP, Antonio. *Jesucristo y la vida cristiana*. Madrid: BAC, 1961, p. 424.

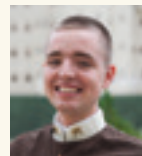
⁶ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *op. cit.*, q. 70, a. 1, ad 1.

⁷ ROYO MARÍN, *Jesucristo y la vida cristiana*, *op. cit.*, p. 157.

¡Todo es gracia!

Si supiéramos escuchar la voz de Dios en el silencio de nuestro interior, veríamos cómo en todo momento estamos siendo inspirados, por gracias, a una mayor unión con Él.

✠ Gabriel Denkiewicz



«Si una mañana me encontraras muerta, no te entristezcas: es simplemente que Papá el buen Dios habrá venido a buscarme. Sin duda, es una gracia muy grande recibir los sacramentos; pero cuando el buen Dios no lo permite, sigue estando bien; todo es gracia».¹ Estas palabras de Santa Teresa del Niño Jesús, pronunciadas cuatro meses antes de su muerte, arrojan luz sobre uno de los mayores misterios de la vida cristiana. En efecto, para el hombre bautizado no existe el destino, ni los augurios, ni la suerte o el azar. Lo que existe más bien es la Providencia de Dios, que nos guía en todas las cosas, grandes o pequeñas, con su mano omnipotente.

En la vida cristiana «todo es gracia», porque todo es providencial. Pero también «todo es gracia» porque los

auxilios divinos que recibimos son mayores y más numerosos de lo que pensamos... Nos asombraríamos si pudiéramos ver las gracias que Dios nos concede día y noche: son las llamadas *gracias actuales*.

La energía que mueve el organismo sobrenatural

Ante todo, hay que establecer una distinción: aunque la gracia actual esté íntimamente unida a la gracia habitual o santificante, no debe confundirse una con la otra.

Ésta, como hemos visto en los artículos precedentes, es un don divino que le permite al hombre participar de la propia vida divina. Por la gracia habitual nos convertimos en miembros de la familia de Dios, en sus hijos y amigos íntimos, y recibimos como dádiva

todos los dones y virtudes infusas. Pero estos dones y virtudes necesitan ser puestos en movimiento y para ello existen las gracias actuales: iluminaciones o disposiciones momentáneas que ponen en movimiento el organismo sobrenatural del alma. Su papel se asemeja a la corriente eléctrica que hace brillar las bombillas de una hermosa lámpara de cristal.

La gracia habitual es estática y se ordena al ser; la gracia actual es dinámica y se relaciona con el obrar de ese mismo ser. El P. Antonio Royo Marín, OP, define esta última así: se trata de «un auxilio sobrenatural, interior y transitorio, con el que Dios ilumina nuestro entendimiento y fortalece nuestra voluntad para realizar actos sobrenaturales».²

Pero, como ya se ha dicho, las gracias actuales son variadas. Por lo tan-

Las gracias actuales son disposiciones momentáneas que movilizan el organismo sobrenatural del alma

to, no actúan en el alma de una forma unívoca.

¿A vela o a remo?

Las gracias actuales pueden dividirse en gracias cooperantes y operantes, según su modo de obrar.

Las cooperantes son aquellas en las que el alma es movida por Dios, pero también se mueve a sí misma a la práctica del bien, cooperando con el auxilio divino. Las gracias operantes, en cambio, son aquellas cuya acción procede exclusivamente de Dios: el alma es movida así a realizar un bien sin más esfuerzo que el de dejarse conducir.

Un ejemplo dado por Mons. João ilustra claramente esa división. La gracia actual cooperante se parece a un barco que, en medio de la calma, necesita ser movido con la ayuda de remos. Por su parte, la gracia operante es como ese mismo navío cuando navega por el océano con las velas henchidas por un vigoroso ventarrón; se mueve sin ningún esfuerzo para la tripulación.

Por eso, Mons. João siempre instaba a sus hijos espirituales a rezar fervorosamente, pidiéndole al Señor que, aunque siempre dóciles a sus designios, los condujera por medio de abundantes gracias operantes. Si Dios es nuestro Padre, ¿por qué no nos daría tales gracias de su tesoro infinito? Es bueno, e incluso indispensable, pedir gracias; es condición para obtenerlas en mayor abundancia.

Además, cuanto más asiduamente acudamos a los sacramentos y más profunda sea nuestra vida de oración —y esto ya es una gracia que debemos pedir—, más numerosas y mayores gracias recibiremos, no porque las merezcamos, sino por pura gratuidad de Dios que, exaltando nuestros méritos, corona sus propios dones.³ La doctrina católica enseña que de ningún modo merecemos gracia alguna; sin embargo, podemos alcanzarlas por medio de la oración humilde y confiada, como promete el Señor: «Pedid y se os dará» (Mt 7, 7).



Reproducción

«Una galera de Malta», de Laureys a Castro – Galería de Imágenes de Dulwich, Londres

La gracia cooperante es como un barco que necesita remos para moverse, mientras que la operante se parece al que es movido por el viento en las velas

Gracias actuales: ¿por qué y cómo recibirlas?

A menudo recibimos gracias abundantes sin darnos cuenta. Esto es así porque nuestro orgullo nos lleva a atribuirnos un papel que, en realidad, es mínimo o nulo comparado con la acción de la gracia. Vencemos un defecto, hacemos un acto de caridad, reprimimos nuestra impaciencia, empezamos a rezar con más frecuencia y devoción... y creemos que todo se debe a nuestros generosos esfuerzos. No percibimos que una mano invisible nos sostiene en la práctica del bien, muchas veces sin que lo pida-

De hecho, la recepción de las gracias actuales no requiere necesariamente que el alma se encuentre en estado de gracia. Si así fuera, nunca lograríamos levantarnos cuando cometiéramos una falta grave. Sí, la conversión del pecador es una gracia insigne. Para Santo Tomás,⁴ es la obra más excelente de Dios.

Una vez más nos encontramos ante el abismal misterio de la misericordia de Dios, que odia el pecado pero ama al pecador y quiere que se convierta y tenga vida eterna (cf. Jn 3, 16).

Entre la laxitud y el rigorismo

Pero entonces, si la gracia lo hace todo... ¿dónde quedan nuestros esfuerzos?

Ése fue un problema que la Iglesia, desde muy pronto, tuvo que afrontar. Ante el papel de la gracia en la vida humana, surgieron, *grosso modo*, dos posiciones heréticas.

La primera afirmaba la total o relativa inutilidad de la gracia de cara al esfuerzo humano. Integraban esta corriente, por ejemplo, los pelagianos, que consideraban la gracia sólo como una ayuda que hace la virtud más fácil y creían que sin ella el hombre puede cumplir todos los preceptos divinos.

Contra ellos, San Agustín tuvo que librar duras batallas.

Otros, sin embargo, cayendo en el extremo opuesto, acabaron por prescindir del papel del esfuerzo y de la ascesis, para arrojar sin remordimientos de conciencia en el fango de los pecados. Para Lutero, por ejemplo, la justificación se daría por la fe, independiente de las obras, por los méritos de la pasión de Cristo. De ahí que el líder protestante incluso llegara a decir: «Sé pecador y peca fuerte, pero confía y alégrate más fuertemente aún en Cristo, vencedor del pecado, de la muerte y del mundo. Hay que pecar mientras vivamos aquí. [...] Basta con que por la riqueza de la gloria hayamos conocido al Cordero de Dios que quita el pecado del mundo; de este no nos apartará el pecado, incluso aunque forniquemos y matemos miles y miles de veces cada día».⁵

Obviamente, ninguna de esas dos posiciones representa la visión de la Iglesia.

San Agustín⁶ afirma que sin la gracia no es posible hacer el bien en toda su integridad, ora de pensamiento, ora de deseo, ora de obra. Pero ¿cómo explicar que hombres malos, en ciertas ocasiones, realicen acciones buenas, incluso desde un punto de vista natural? Santo Tomás de Aquino lo explica: «Aun en este estado de degradación, puede el hombre con sus propias fuerzas naturales realizar algún bien particular, como edificar casas, plantar viñas y otras cosas así; pero no puede llevar a cabo todo



Santos en la visión beatífica, de Giotto di Menabuoi - Baptisterio de San Juan Bautista, Padua (Italia)

Sin la gracia no es posible hacer el bien íntegramente; si somos dóciles a sus inspiraciones, seremos elevados a alturas imaginables

el bien que le es connatural sin incurrir en alguna deficiencia. Es como un enfermo, que puede ejecutar por sí mismo algunos movimientos, pero no logra la perfecta soltura del hombre sano mien-

tras no sea curado con la ayuda de la medicina».⁷

Mucho menos podrá el hombre, por sus fuerzas naturales, llevar a cabo actos que trasciendan su naturaleza corrompida, como la práctica de las virtudes y la observancia de los mandamientos divinos. Por lo tanto, ni siquiera podemos pronunciar piadosamente el nombre de Jesús sin el auxilio de la gracia actual.⁸

La solución, pues, parece resumirse al adagio ignaciano: «Orad como si todo dependiese de Dios y trabajad como si todo dependiese de vosotros».⁹

Dejarse guiar por la gracia divina

Si supiéramos escuchar la voz de Dios en el silencio de nuestro interior, nos daríamos cuenta de cómo en todo momento somos inspirados, por gracias actuales, a una mayor unión con Él. Santa Maravillas de Jesús solía repetir: «Si tú le dejas...». Seamos dóciles a las inspiraciones de la gracia; Él nos elevará a alturas que nunca nos atrevimos a imaginar que alcanzaríamos.

«Yo creo —decía la santa española— que al Señor no le importa en absoluto nuestra nada y miseria; de arreglar, limpiar y cambiar se encarga Él; la cosa es que le amemos y hagamos tan nuestra su voluntad divina [...], que ella sola rijan nuestra vida en lo grande y en lo chico, en lo exterior y en lo interior, y no nos ocupemos más que de cumplirla, y, sobre todo, de dejar que se cumpla en nosotros».¹⁰ ✚

¹ SANTA TERESA DE LISIEUX. «Derniers entretiens, 5 juin». In: *Œuvres complètes*. París: Cerf; Desclée de Brouwer, 2006, p. 1009.

² ROYO MARÍN, OP, Antonio. *Somos hijos de Dios. Misterio de la divina gracia*. Madrid: BAC, 1977, p. 59.

³ Cf. ORDINARIO DE LA MISA. «Prefacio de los santos». In: MISAL ROMANO. Traducción española de la 3.ª ed. típica latina. Madrid: Libros Litúrgicos, 2019, p. 502.

⁴ SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. I-II, q. 113, a. 9.

⁵ MARTÍN LUTERO. «Carta a Melanchthon», del 1/8/1521. In: *Obras*. 4.ª ed. Salamanca: Sígueme, 2006, p. 387.

⁶ SAN AGUSTÍN. *De correptione et gratia*, c. II, n.º 3.

⁷ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *op. cit.*, q. 109, a. 2.

⁸ Cf. ROYO MARÍN, *op. cit.*, pp. 60-61.

⁹ CCE 2834.

¹⁰ SANTA MARAVILLAS DE JESÚS. «Carta 6241», del 17/6/1950. In: *Cartas. Antología epistolar*. 2.ª ed. Madrid: Edibesa, 2007, p. 282.



¿Necesitamos pedir gracias?

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

§2010 Puesto que la iniciativa en el orden de la gracia pertenece a Dios, nadie puede merecer la gracia primera, en el inicio de la conversión, del perdón y de la justificación. Bajo la moción del Espíritu Santo y de la caridad, podemos después merecer en favor nuestro y de los demás gracias útiles para nuestra santificación, para el crecimiento de la gracia y de la caridad, y para la obtención de la vida eterna. Los mismos bienes temporales, como la salud, la amistad, pueden ser merecidos según la sabiduría de Dios. Estas gracias y bienes son objeto de la oración cristiana, la cual provee a nuestra necesidad de la gracia para las acciones meritorias.

El párrafo 2010 del *Catecismo de la Iglesia Católica* destaca tres relevantes aspectos teológicos con relación a la gracia.

En primer lugar, resalta la importancia de buscarla arduamente, porque, al ser una dádiva de Dios, nos libera del pecado y nos fortalece en la práctica de las virtudes, para así alcanzar la vida eterna.

En segundo lugar, este párrafo subraya que los bienes temporales —salud, amistad, éxito profesional, confort material y muchos otros— «pueden ser merecidos según la sabiduría de Dios». Probablemente alguien se preguntará: ¿cómo podemos conocer el criterio de la sabiduría divina para que merezcamos tales bienes? La respuesta es sencilla.

San Ignacio de Loyola¹ enseña una regla de discernimiento llamada *tanto cuanto*, la cual nos exhorta a usar las cosas de este mundo «tanto cuanto» nos ayuden a cumplir nuestro fin último, es decir, amar y servir a Dios y, mediante esto, salvar nuestra alma. Por eso, «tanto cuanto» los bienes materiales nos impidan alcanzar esa meta, debemos dejarlos de lado. En resumen,

se nos invita a pedir gracias para aceptar la sabia y santa voluntad de Dios y así alcanzar nuestra finalidad.

Por último, ese párrafo nos enseña que, ya sean bienes espirituales o bienes temporales, siempre debemos pedirlos por medio de la oración. Comparándose a una vid, el Señor declara: «El que permanece en mí y yo en él, ese da fruto abundante; porque sin mí no podéis hacer nada» (Jn 15, 5). Por lo tanto, como sarmientos de esa divina vid, sólo produciremos frutos espirituales y obras meritorias al unirnos amorosamente a Jesús. Y dicho vínculo se establece por la oración, que nos obtiene las gracias para perseverar en la práctica del bien.

De hecho, es verdad de fe católica que tenemos una necesidad imperiosa de rezar. Hasta el punto de que San Alfonso María de Liguorio afirma que la gracia inmerecida de nuestra salvación eterna depende de nuestras oraciones. He aquí su célebre máxima: «El que reza, ciertamente se salva; el que no reza, ciertamente se condena».² Y añade: «Todos los bienaventurados, excepto los niños, se salvaron por rezar. Todos los condenados

se perdieron por no rezar; si hubieran rezado, no se habrían perdido».³

Ante este grandioso panorama, invoquemos a María Santísima, cuyo poder de intercesión es infalible. En verdad, no hay gracia que Ella no nos obtenga de manera maternal y misericordiosa de su divino Hijo Jesús. ✚

¹ Cf. SAN IGNACIO DE LOYOLA. *Ejercicios espirituales*, n.º 23.

² SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO. *Del gran mezzo della preghiera*. Parte prima, c. 1.

³ *Idem, ibidem*.

Sean bienes espirituales, sean temporales, hemos de pedirlos mediante la oración

La Virgen con el Niño, de Fra Angélico - Museo de Bellas Artes, Boston (Estados Unidos)



En el exilio... ipreludio de la convivencia celestial!

Cuando se oye hablar de «mística», inmediatamente se piensa en fenómenos extraordinarios como éxtasis, levitaciones, estigmas... Pero ¿y si dijéramos que todo cristiano está llamado a recorrer ese camino? Al fin y al cabo, ¿sabemos realmente qué es la mística?

✠ **Adriel Brandelero**



Entre los distintos títulos que se le pueden dar al hombre, hay uno que no suele serle muy agradable, aunque sea muy cierto: rey destronado. De hecho, su vida en este valle de lágrimas no es aquella para la que Dios originalmente lo había destinado cuando lo creó: «Que domine los peces del mar, las aves del cielo, los ganados y los reptiles de la tierra» (Gén 1, 26).

La imaginación nos permite contemplar a Adán, por ejemplo, en perfecto deleite con el ambiente del paraíso, haciendo que un árbol se encorvara a su voluntad para recoger algún fruto suyo y dándole una orden a un ave para que se lo llevara como regalo a Eva. Sin embargo, todo eso y mucho más lo perdió por el pecado... «Maldito el suelo por tu culpa: comerás de él con fatiga mientras vivas; brotará para ti cardos y espinas, y comerás hierba del campo. Comerás el pan con sudor de tu frente» (Gén 3, 17-19).

Es aterrador pensar en los primeros sobresaltos de la pobre pareja al encon-

trarse con las adversidades de nuestro mundo, las rudas piedras y espinas de nuestra tierra, y los temibles rugidos de las bestias... Quizá en aquella primera noche de exilio, Adán recordara, con nostalgia, las maravillas del Edén. Y mientras las lágrimas corrían por su rostro, Dios le hablaba en el interior de su alma... como conversaba a la hora de la brisa con él por el jardín del paraíso. Sí, eso no lo había perdido: el Creador aún lo visitaba en íntimas conversa-

ciones. El hombre se convertía, efectivamente, en un rey destronado, pero no menos amado.

¿Qué es la mística?

En diferentes grados y modos, a todo bautizado le es dado vivir en esta tierra en relación con Dios, y a esto la teología llama *vida mística del cristiano*.¹ El Concilio Vaticano II así nos lo enseña: «Todos los fieles, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad».² Y el catecismo concluye, sintéticamente: «Todos son llamados a la santidad: “Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto” (Mt 5, 48)».³

Ahora bien, la doctrina católica afirma que el fin del cristiano consiste en su configuración con el Señor, y la vida mística es el camino normal para alcanzarlo: «El progreso espiritual tiende a la unión cada vez más íntima con Cristo. Esta unión se llama “mística”, porque participa del misterio de Cristo mediante los sacramentos —“los santos

*A todo bautizado
le es dado vivir
en esta tierra en
relación con Dios,
y a esto la teología
llama vida mística
del cristiano*

misterios”— y, en Él, del misterio de la Santísima Trinidad. Dios nos llama a todos a esta unión íntima con Él, aunque las gracias especiales o los signos extraordinarios de esta vida mística sean concedidos solamente a algunos para manifestar así el don gratuito hecho a todos».⁴

Signos extraordinarios, para algunos...

La afirmación del catecismo citada anteriormente puede causar asombro en algunos, pero sí, ¡todo cristiano está llamado a la vida mística! La única diferencia radica en cómo se manifiesta esta vida. Cabe sólo una diferenciación en cuanto al modo como se ha de manifestar.

De hecho, el título de *místico* evoca inmediatamente en nuestra imaginación a alguien en éxtasis, a un vidente o incluso a un estigmatizado. No obstante, tales manifestaciones deberían denominarse con más precisión *fenómenos místicos extraordinarios*.⁵

La teología enumera varios de ellos, ya sean de orden cognoscitivo o afectivo, como visiones, locuciones, discernimiento de los espíritus e incendios de amor; ya sean de orden corporal, como estigmas, lágrimas y sudor de sangre, ayunos prolongados, privación del sueño, bilocación, levitación y perfume sobrenatural, entre muchos otros.⁶

Es evidente que la Iglesia será siempre muy cautelosa al distinguir los fenómenos místicos extraordinarios de cualquier otra situación, bien de carácter patológico, o bien preternatural. Sin embargo, los datos científicos hablan claramente a favor de la existencia real de tales fenómenos, contrariamente a las convicciones de cualquier escéptico...

Si tomamos, por ejemplo, a los santos místicos que tuvieron el don de la inedia, es decir, del ayuno prolongado, y los compartamos con las capacidades huma-

nas naturales, constataremos enseguida la evidencia de sustento sobrenatural. La ciencia admite que el hombre puede sobrevivir varias semanas sin alimentarse. A mediados del siglo pasado, el lord alcalde de Cork, Terence MacSwiney, decidió dejar de comer en protesta contra la dominación inglesa en Irlanda; ¡su vida duró setenta y tres días! Éste es el límite más extremo al que ha llegado lo natural. No obstante, se sabe que Santa Catalina de Siena pasó ocho años sin alimentarse; San Nicolás de Flüe, veinte años; y Santa Ludowina de Schiedam, veintiocho años...⁷

*Dios continúa
conversando con el
hombre que vive en
estado de gracia, no
ya en el jardín del
Edén, sino en su
propio templo interior*

La «parte mejor», que no nos será quitada

Al enunciar solamente esos datos, parece fácil concluir que no son propios de todo cristiano dichos fenómenos extraordinarios. Con todo, es indispensable tener claro que la vida mística no se restringe a esas manifestaciones espectaculares, y que ni siquiera son lo más excelso de la espiritualidad católica.

Se puede tomar como prueba de tal afirmación que un impío como Caifás profetizó, por inspiración, la muerte redentora de Nuestro Señor Jesucristo (cf. Jn 11, 49-52) y que al pérfido Balaán le fue dado el poder de profetizar, por revelación, la misión providencial del pueblo hebreo e incluso el nacimiento del Mesías (cf. Núm 23-24).

El bautizado que conserva el estado de gracia posee algo muy superior a cualquiera de esos fenómenos extraordinarios: la inhabitación de la Santísima Trinidad en su alma. Dios continúa conversando con el hombre, ya no en el jardín del Edén, sino en su propio templo interior.



João Paulo Rodrigues

Fieles rezando en la iglesia de Nuestra Señora del Buen Consejo, Piraquara (Brasil). En la página anterior, Santa Teresa de Jesús, de Alonso del Arco - Museo Lázaro Galdiano, Madrid

EL QUE PIDE, ¡RECIBE!

Todo lo que sea un verdadero bien positivo, es de suyo deseable y, como tal, podemos pedirlo a Dios. Y si nos es lícito pedir, desear y poner todos los medios para adquirir la salud, la ciencia y la agudeza de ingenio, también lo debe ser, [...] pedir, desear y procurar, en cuanto esté de nosotros, un bien tan superior como es el de esta salud, ciencia y penetración que el divino Espíritu comunica (cf. 1 Cor 14, 1).

No hay en esto la menor presunción, deseándolo rectamente; como no la hay en el deseo de comulgar por dar gusto a Dios y alimentar y fortalecer nuestra pobre alma. La presunción estaría en desear esos dones por vanagloria; mas no cuando se desean precisamente para apoyo de nuestra flaqueza, para fundarnos en la humildad y en todas las demás virtudes, y poder crecer en gracia y conocimiento de Dios, y en todo según Jesucristo, hasta llegar a la madurez de varones perfectos y verdaderamente «espirituales». Y ya sabemos que nadie lo podrá ser sin estar animado, dirigido y gobernado del divino Espíritu, y por tanto enriquecido de sus preciosísimos dones. [...]

Aun que nadie de por sí debe meterse donde aun no le llamaron, ni menos echarse a volar sin alas, todos,

sin embargo, pueden y deben llamar para conseguir que les abran, y pedir «alas como de paloma» —que son los preciosos dones de sabiduría e inteligencia— «para volar y descansar», estando ciertos de que serán colmados tan santos deseos y de que «todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá» (Mt 7, 8). [...]

Por lo mismo, que tanto vale y que no podemos lograrlo con nuestros esfuerzos, debemos pedirlo con gran insistencia, diciendo con la samaritana: «¡Señor, dadme a beber de esta agua!». [...] Si no se pide con ardor es sólo porque no se conoce ni se sabe apreciar. «¡Si conocieras el don de Dios!..., a buen seguro que se lo pedirías, y Él te daría el agua viva..., que salta a la vida eterna» (Jn 4, 10-14). [...]

A todos los corazones está incesantemente llamando el Esposo divino, que viene deseoso de celebrar el banquete de las místicas bodas (cf. Ap 3, 20). Si no le abrimos, o nos hacemos sordos a sus llamamientos, culpa nuestra es. ✠

GONZÁLEZ ARINTERO, OP, Juan.
La evolución mística. Madrid:
BAC, 1959, pp. 685-690.

Como se ha visto en los artículos anteriores, la gracia santificante, las virtudes infusas, los dones del Espíritu Santo y las gracias actuales constituyen el organismo sobrenatural que lleva al alma a la perfección cristiana. Ese camino no es otra cosa que la vida mística a la que todo bautizado está llamado, ya que el desarrollo normal de la gracia santificante conduce a la unión con Cristo, es decir, a la mística.

Siempre que el hombre no incurra en pecado, tiene continuamente al divino Huésped en su «morada», goza de su íntima amistad y recibe de Él las enseñanzas más preciosas, como Santa María Magdalena en Betania, sobre la que el propio Jesús pronunció la sentencia: «María ha escogido la parte mejor, y no le será quitada» (Lc 10, 42).

La vida mística del cristiano, la presencia de la Santísima Trinidad en

su alma —con los dones, virtudes y gracias que la acompañan— son en realidad la «parte mejor» que no le será quitada al bautizado, el paraíso interior donde siempre encontrará a Dios, hasta el día en que, habiendo sido fiel a ese dádiva, será recibido en el Paraíso celestial y el Señor mismo será su recompensa demasiado grande (cf. Gén 15, 1) por toda la eternidad. ✠

¹ Cf. AGAESSE, Paul; SALES, Michel. «Mystique. La vie mystique chrétienne». In: *Dictionnaire de Spiritualité*. Paris: Beauchesne, 1980, t. x, col. 1939-1951.

² CONCILIO VATICANO II. *Lumen gentium*, n.º 40.

³ CCE 2013.

⁴ CCE 2014.

⁵ Cf. TANQUEREY, Adolphe. *Précis de Théologie Ascétique et Mystique*. 6.ª ed. Paris-Tour-

nai-Roma: Société de S. Jean L'Évangéliste; Desclée, 1928, pp. 932-967.

⁶ Cf. THURSTON, SJ, Herbert. *Los fenómenos físicos de misticismo*. San Sebastián: Dinor, 1953; BOUFLET, Joachim. *Encyclopédie des phénomènes extraor-*

dinaires dans la vie mystique. Paris: Les Jardins des Livres, 2002-2015, t. I-II.

⁷ Cf. ROYO MARÍN, OP, Antonio. *Teología de la perfección cristiana*. 11.ª ed. Madrid: BAC, 2006, pp. 937-938.



¿La eficacia de la gracia coacciona el libre albedrío?

Omnia est gratia, todo es gracia en el ámbito sobrenatural. El hombre, abandonado a sus propias fuerzas, es incapaz de dar un solo paso hacia la unión efectiva con Dios. Sin el auxilio divino, no hay conversión, progreso espiritual ni santidad, y es imposible merecer la vida eterna (cf. *Suma Teológica*, I-II, q. 109, a. 5).

Ante esta verdad, surge una inevitable pregunta: ¿cómo conciliar la eficacia de la gracia divina con la libertad humana?

La dificultad se acentúa, en gran medida, a causa del orgullo y del liberalismo cada vez más reinantes en nuestro tiempo. El mundo predica la autosuficiencia absoluta, la felicidad subjetiva, el relativismo moral y la libertad ilimitada como si fueran bienes supremos; por el contrario, considera un mal toda ayuda, corrección o sugerencia externas, sobre todo cuando se inspiran en la doctrina católica y la ley eterna.

La teología tomista, no obstante, rechaza tales nociones. Para el Doctor Angélico, el libre albedrío es un don precioso, ordenado por Dios para el bien y susceptible de ser orientado por otras personas, para la adquisición o perfeccionamiento de la virtud y el rechazo al pecado (cf. *Suma Teológica*, I-II, q. 1, a. 1; II-II, q. 33, a. 1). Por lo tanto, no toda influencia combate el arbitrio, salvo que resulte de una coacción.

En este caso, el acto no procedería de un movimiento voluntario, sino de una imposición externa: «La coacción no es otra cosa que la implantación de cierta violencia» (*De veritate*, q. 22, a. 5). Sin embargo, Dios actúa en el interior de las almas sin coerción. A través de la gracia, las inspira, auxilia y afirma en la virtud.

¿Su omnipotencia compromete el libre albedrío? ¡No! Cuando Dios inmuta la voluntad humana hace que a una inclinación siga otra, de modo que se quite la primera y permanezca la segunda. Así pues, la dirección hacia la cual Él conduce la voluntad no contradice la nueva inclinación del alma. No

hay, por tanto, violencia ni represión (cf. *De veritate*, q. 22, a. 8).

Tomemos, con el Aquinate, el ejemplo de una piedra. Por la gravedad natural, se inclina hacia abajo. Manteniendo esta inclinación, si se arroja hacia arriba sufrirá violencia. No obstante, si Dios quita de la piedra la inclinación de la gravedad y le comunica la de la ligereza, entonces el movimiento ascendente ya no será coercitivo. De esa misma manera actúa sobre la voluntad humana de modo eficaz, pero sin coaccionarla, según los designios sapienciales y amorosos de su Providencia (cf. *De veritate*, q. 22, a. 8).

En consecuencia, el alma justificada por la gracia se encuentra más inclinada a las alturas celestiales, sin sufrir agresión. Dios no suprime ni reduce nuestra libertad.

¡Al contrario! Aunque el libre albedrío consiste en nuestra capacidad de elegir, cuando optamos por la verdad, por el bien y por lo bello conquistamos la verdadera libertad, la «gloriosa libertad de los hijos de Dios» (Rom 8, 21). Elegir el error, el mal y lo feo es sucumbir a la esclavitud de los hijos de Satanás.

Así nos lo enseñó Mons. João: «Escoger el bien es suprema libertad».¹ ✠



Francisco Leazaros

Dios actúa en el interior de las almas sin coerción. A través de la gracia, las inspira, auxilia y afirma en la virtud, inclinándolas a las alturas celestiales

«La pesca milagrosa» - Museo de León (España)

¹ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *Homilia*. São Paulo, 31/12/2007.



Nuestra Señora en la lucha Revolución y Contra-Revolución

La Revolución está propulsada sobre todo por dos vicios: el orgullo y la impureza. Para aplastarla, es necesario practicar las virtudes opuestas, lo que sólo se logra por la gracia, concedida por Dios a ruegos de María Santísima.

✠ Plinio Corrêa de Oliveira

Debemos considerar algunas cuestiones acerca de las relaciones entre la obra de San Luis María Grignon de Montfort y todo lo que explico en mi libro *Revolución y Contra-Revolución* (en adelante *RCR*).

La primera de ellas es el papel de Nuestra Señora en la Contra-Revolución y, particularmente, el de la esclavitud a la Madre de Dios, o sea, de la perfecta devoción predicada por San Luis.

Concepción gnóstica y revolucionaria del universo

La *RCR* presenta la Revolución como un movimiento nacido de un deterioro moral. Hay dos vicios fundamentales, el del orgullo y el de la impureza, que constituyen en el hombre una incompatibilidad con la doctrina católica, desde el siguiente punto de vista.

La Iglesia tal como es, la doctrina que enseña, el universo que Dios creó, y que podemos conocer mejor a través de los prismas de la Esposa Mística de Cristo, son temas que el hombre virtuoso, puro y humilde degusta. Está encantado y se alegra al ver que eso es así, y lo acepta todo de buen corazón.

Pero si una persona cede al vicio del orgullo, comienza a formarse en ella una incompatibilidad con diversos aspectos de la obra de Dios. Es una

inconciliabilidad, al principio, con el carácter jerárquico de la Iglesia, luego con el de la sociedad civil; o en orden inverso. Después, una inconformidad con el carácter jerárquico de la familia. Y así se va desarrollando el igualitarismo hasta llegar a la cima del comunismo. Es decir, del orgullo nace toda una metafísica contraria a la doctrina católica, procedente de una viciosa incompatibilidad del alma con la obra divina.

Algo más o menos paralelo podría decirse de la impureza. El hombre impuro tiene los elementos necesarios para contrariar el orden establecido por Dios. Se siente llevado, por lo general, hacia el liberalismo. Le irrita la existencia de una regla, un freno, una ley que circunscriba el desbordamiento de sus sentidos. Por ello, todo lo que signifique ascetismo

empieza a parecerle averso. Naturalmente, surge una inquina contra el principio mismo de la autoridad como tal.

El resultado es que, a partir de la impureza y del orgullo, se forman los elementos necesarios para una visión diametralmente opuesta a la obra de Dios. Esta visión ya no difiere en uno y otro punto de la doctrina de la Iglesia, sino que, a medida que estos vicios se profundizan y, a lo largo de las generaciones, se van acentuando más, se va estructurando toda una concepción que no sólo es distinta, sino la más contraria posible. Y acaba siendo, en última instancia, la concepción gnóstica y revolucionaria del universo.

La Revolución tiene como causa moral el orgullo y la sensualidad. Así pues, todo el problema de la Revolución y de la Contra-Revolución es, en el fondo, una cuestión moral. Lo que se dice en las líneas o en las entre líneas de la *RCR* es que si no fuera por el orgullo y la sensualidad, la Revolución como movimiento organizado en todo el mundo no existiría, no sería posible.

Toda preservación o regeneración moral procede de la gracia

Ahora bien, si en el meollo del problema de la Revolución y la Contra-Revolución se encuentra una cuestión moral y, por tanto, religiosa —porque

A partir de la impureza y del orgullo se forman los elementos para una visión opuesta diametralmente a la obra de Dios

todas las cuestiones morales son esencialmente religiosas, ya que una moral sin religión es la cosa más incoherente que se pueda imaginar—, se concluye que la lucha de la Revolución y la Contra-Revolución es, en su núcleo, una lucha religiosa.

Así pues, si nos encontramos en el terreno de la lucha religiosa, comprendemos mejor el papel de Nuestra Señora en la Contra-Revolución. Si una crisis moral da origen al espíritu de la Revolución, entonces es cierto que esa crisis sólo puede remediarse con la ayuda de la gracia.

La Iglesia nos enseña que los hombres no pueden cumplir de modo estable y duradero, en su integridad, los mandamientos de la ley de Dios con meros recursos naturales; para ello, necesitan de la gracia. Por otro lado, cuando alguien cae en un estado de pecado y se acumulan en él los apetitos hacia el mal, esta situación moral, *a fortiori*, no puede ser resuelta sin auxilios de carácter sobrenatural. El resultado es que toda preservación o regeneración moral verdadera procede de la gracia divina.

Condición para el triunfo de la Contra-Revolución

De modo que vemos claramente el papel de Nuestra Señora. Al ser el canal por el que pasan todas las gracias que vienen de Dios, entendemos que el auxilio de sus oraciones es indispensable para que la Revolución sea derrotada y se establezca el Reino de María.

Las gracias se podrán obtener de esa manera, pero si no son correspondidas por los hombres, se hace inevitable que la Revolución triunfe. Por consiguiente, esa afluencia de gracias sobre las almas fieles es un elemento fundamental para que la Revolución sea derrotada. Depende de Dios, evidentemente, pero Él ha querido, por un acto libre de su voluntad, que eso dependiera de la Santísima Virgen, para gloria de Ella y de su divino Hijo. De ahí que la devoción

a Nuestra Señora sea la condición para que la Revolución sea aplastada y triunfe la Contra-Revolución.



Francisco Lecaros

Virgen de la Medalla Milagrosa - Iglesia de San Antonio, Cádiz (España)

La afluencia de gracias sobre las almas es elemento esencial para derrotar a la Revolución, y el canal para esas gracias es Nuestra Señora

Insisto en este aspecto porque es muy importante: si tomamos una humanidad fiel a las gracias que reciba a través de María Santísima para la práctica de los mandamientos y esta práctica se convierte en un fenómeno general, es inevitable que la sociedad acabe estructurándose bien, pues con el estado de gracia viene la sabiduría, y con la sabiduría todas las cosas se encauzan.

No es preciso hacer muchos estudios de sociología, economía y finanzas para lograrlo. Con el estado de gracia—no sólo por el movimiento natural, espontáneo e intrínseco de cada hombre— todo tiende a regularizarse, y los estudios necesarios se harán excelentemente y alcanzarán su resultado.

Cuando hay un rechazo de la gracia, nada camina. Y si algo marcha es peor que si no anduviera. Un ejemplo de esto lo tenemos en la civilización contemporánea: se construyó sobre el rechazo de la gracia y ha conseguido unos resultados estrepitosos; sin embargo, aunque este orden de cosas parezca ser una afirmación del hombre, en realidad lo devora. Los países de los grandes logros son los países de la psicosis. Es decir, sin la gracia, el hombre, o bien no construye nada, o bien edifica una prisión, una cámara de tortura, un palacio de delicias en el que sufre más que en un campo de concentración.

Intensidad de gracias proporcional a la devoción a la Virgen

Dicho esto, podemos afirmar que cuanto mayor sea la devoción a Nuestra Señora, más abierto estará el canal de gracias. Si es una devoción totalmente auténtica, será infalible que la oración sea atendida y que las gracias lluevan sobre un determinado individuo o país.

No obstante, si la devoción a la Santísima Virgen conlleva restricciones o es defectuosa, entonces la gracia también encuentra, implícitamente, cierta resistencia por parte del hombre. En ello, éste ya se muestra ingrato, y aca-

ba sucediendo que toda vida, la savia de la sociedad, se va extinguiendo.

A menudo se dice que, en la economía de la gracia, Jesucristo es la cabeza del Cuerpo Místico y Nuestra Señora el cuello, porque todo pasa a través de Ella. La imagen es totalmente cierta en la vida espiritual de una persona. Imaginemos a alguien con poca devoción a la Madre de Dios: se asemeja a un individuo con una cuerda atada al cuello, la cual le permite un hilito de respiración. Cuando no tiene devoción, se asfixia. Si, por el contrario, posee una gran devoción a la Virgen María, su cuello queda enteramente libre, el aire entra en sus pulmones *a plenos haustos* y puede vivir con normalidad.

No digo que sea algo automático, sino que, cuando hay correspondencia a la gracia, por fuerza todo sale bien. No basta con trabajar, estudiar, organizarse. El problema fundamental es que exista esa correspondencia.

En sentido opuesto, podríamos afirmar lo mismo acerca del demonio.

Porque su papel en el estallido y el progreso de la Revolución ha sido enorme. Consiguió tentar al hombre, induciéndolo a una posición revolucionaria y a extremos revolucionarios, que están por debajo incluso de la miseria humana, y a llevar a cabo una Revolución como la actual, la cual es peor que el presente grado de decadencia de la naturaleza humana. Si el demonio no hubiera estado ahí para tentar al hombre, el proceso no habría resultado tan terrible como es.

Los factores determinantes de la Contra-Revolución y de la Revolución, que son la gracia y el demonio, dependen del imperio de María

Ahora bien, este factor de propulsión tan fuerte de la Revolución está completamente en dependencia de Nuestra Señora. Basta con que Ella tenga un mínimo acto de imperio que el Infierno entero tiembla, se confunde, retrocede y desaparece. Por el contrario, basta que Ella comprenda que, para castigo de los hombres, conviene dejarle al demonio cierto radio de acción, y éste progresará tanto como Ella se lo permita.

Por lo tanto, los factores determinantes de la Contra-Revolución y de la Revolución, que son la gracia y el demonio, dependen del imperio y del dominio de la Santísima Virgen. Vemos, pues, una vez más, su papel en esta lucha.

Verdadera Reina del universo...

Cabe añadir que la mediación de María Santísima no debe considerarse únicamente desde el punto de vista de la oración. Ella no es sólo la que reza por todos los hombres, sino la Reina del universo, y esta realeza es verdadera.

Alguien podría objetar: «Dr. Plinio, llamar Reina a Nuestra Señora es mero verbalismo, porque Ella hace todo lo que Dios quiere, es su esclava. Por ello, en última instancia, la Santísima Virgen no es Reina, sino simplemente como un cristal transparente e inerte a través del cual pasan los rayos divinos. El verdadero Rey es Dios».

Aquí entra una sutileza que hay que tener en cuenta. Imaginemos un director de un colegio cuyos alumnos son sumamente insubordinados; los castiga e impone una dictadura férrea. Más tarde se marcha y le dice a su madre lo siguiente:

«Sé que gobernarás este colegio de una manera diferente a mí, porque yo gobierno con vara de hierro y tú tienes un corazón materno. Quiero que ahora gobiernes tú y no yo. Te entrego la dirección».

Archivo Revista



El Dr. Plinio en 1994



La Coronación de la Santísima Virgen, de Jacopo di Cione – Galería Nacional, Londres

Esta mujer dirigiría el colegio como el director quería, pero con su propio método, que al mismo tiempo representaría su voluntad como distinta de la de él, pero por el cual ella haría enteramente la voluntad del director.

Así es Nuestra Señora como Reina del universo. Jesucristo le dio a Ella, que es únicamente Madre y no tiene el papel de juez, una realeza cuya misericordia va más allá de la justicia que Él, en su posición de Juez, quiere ejercer. Entonces, Nuestro Señor la coloca, con todas las indulgencias, todos los extremos de misericordia de una Madre —que la autoridad paterna de sí no abarca—, como Reina del universo, para gobernarlo. Y la voluntad del Hijo es que su Madre haga algo que Él no podría realizar.

Por lo tanto, en cuanto distinta de Nuestro Señor, María, Reina del universo, es quien mejor realiza la voluntad de Él.

... que guía los acontecimientos y dirige la historia

Por consiguiente, existe un régimen verdaderamente marial de go-

*Más que mediadora
omnipotente y
suplicante, Ella es
verdaderamente la
Reina que guía los
acontecimientos y
dirige la historia*

bierno del universo, lo que explica el papel de Nuestra Señora como la que dirige, regula el curso de los acontecimientos terrenales, decreta lo que debe suceder. Siempre, por supuesto, inspirada por Dios y en unión con Él.

María Santísima es infinitamente inferior al Todopoderoso, eso es evidente, pero Él quiso libremente darle ese papel como un acto de liberalidad. De ella depende la duración de la Revolución y de la Contra-Revolución, y es Ella quien interviene en los hechos para que la Revolución no triunfe.

Basta recordar, por ejemplo, la batalla de Lepanto.

¡Cuántos otros acontecimientos de la historia de la Iglesia ha habido en los que la Santísima Virgen dejó claro que era una intervención directa suya la que influía en los episodios! Y entonces se comprende que, más que una mediadora omnipotente y suplicante, es verdaderamente la Reina que guía los acontecimientos y dirige la historia.

Cuando la Iglesia canta respecto de la Madre de Dios: «Tú sola destruiste todas las herejías del universo entero», afirma que su papel en esa destrucción fue como único. Quien promueve la eliminación de las herejías dirige los triunfos de la ortodoxia; quien gobierna una y otra dirige la historia. Ella es verdaderamente la Reina. Y esa realeza de Nuestra Señora nos da una visión más de su papel en toda la problemática Revolución y Contra-Revolución. ✚

Extraído, con adaptaciones, de:
Dr. Plinio. São Paulo. Año XX.
N.º 237 (dic, 2017), pp. 24-29.



San Juan Ogilvie

Mártir de la fe, del papado y del celibato sacerdotal

En el peligro, un águila audaz; en el apostolado,
un celoso pastor; en el tribunal, una prudente
serpiente; en el tormento, un sereno cordero;
en el cadalso, ¡un león indómito!



Fr Lawrence Lew, OP (CC BY-NC-ND 2.0)



✠ Gabriel Marques dos Santos

En 1580, Escocia se encontraba en una encrucijada: su historia católica, personificada en la controvertida figura de una reina encarcelada por su fe, María Estuardo, se enfrentaba a un turbulento presente, agitado por las olas de la revolución política-religiosa de John Knox. ¿Cómo se presentaba su futuro?

Este dilema estaba bien simbolizado en el hogar del barón de

Drum-na-Keith: la esposa, católica de noble linaje; el marido, cabeza de la rama menor de los Ogilvie, uno de los calvinistas responsables de investigar y arrestar a los jesuitas. ¿Qué sería del pequeño Juan, el hijo recién nacido de ese matrimonio?

Un joven en busca de la verdad

Desde 1560, el presbiterianismo calvinista de John Knox se había instalado,

a costa de sangre, como religión oficial del país, negando la sagrada eucaristía, la liturgia, el papado y el episcopado. El 24 de agosto, el Parlamento prohibió la celebración de la santa misa en todo el territorio escocés. Los infractores serían objeto de confiscación de bienes, destierro, castigos corporales a discreción de los magistrados e incluso la pena capital. El propio Knox confesó que «una misa era para él más temible que si diez mil enemigos armados desembarcaran en cualquier parte del reino».¹

Fue de esa Escocia de donde, unas décadas más tarde, el joven Ogilvie marcharía a estudiar a Francia a la edad de 13 años.

El muchacho, que había recibido una formación calvinista en casa, empezó a interesarse vivamente por las controversias religiosas que por entonces bullían en toda Europa. Guiado por una sincera buena voluntad, no tardó en recibir el auxilio del divino Espíritu Santo, que le abrió su entendimiento al sentido de la Sagrada Escritura y le inspiró una profunda admiración por las historias de los mártires. Así, Juan enseguida comprendió que la Iglesia Católica era la verdadera Iglesia de Cristo.

A los 16 años ingresó en el Colegio de los Escoceses de Lovaina, dirigiendo



Reproducción

El presbiterianismo calvinista se había instalado, a costa de sangre, como religión oficial de Escocia, prohibiendo el culto católico en su territorio

Predicación de John Knox, de David Wilkie - Galería Nacional de Escocia, Edimburgo.
Arriba, San Juan Ogilvie - Iglesia de San Luis, Glasgow (Escocia)

por sacerdotes católicos. Sin embargo, sólo junto a los profesores jesuitas de Olmütz (Austria) encontraría su vocación.

Ardoroso jesuita

Entusiasmado por el pugnaz carisma ignaciano, Ogilvie presentó su solicitud de admisión en la Compañía ya en su primer año de estudios. No obstante, una epidemia obligó a cerrar el colegio.

Sin dejarse abatir, el tenaz escocés acompañó a su superior a Viena, donde se le permitió ingresar en el noviciado de Brno.

Ordenado sacerdote en 1610, entró en contacto con otros dos jesuitas que regresaban de misiones fallidas en Gran Bretaña. Uno de ellos, el P. Gordon, había pasado tres años encarcelado en la temida Torre de Londres. Enardecido por la audaz empresa y con un ardiente deseo de entregarse al peligroso apostolado en su tierra natal, Escocia, el neopresbítero expuso sus anhelos al superior general.

Pero el P. Aquaviva, siguiendo la escuela ignaciana, lo reprendió severamente por querer que su voluntad prevaleciera sobre la de sus superiores. Por el momento, Dios no le pedía el sacrificio de arriesgar su vida, sino solamente el de la obediencia religiosa... Por el momento.

«Mucho gusto, Juan Watson»

En efecto, al cabo de dos años y medio, las autoridades decidieron que el P. Ogilvie partiera hacia Escocia. Debido a las leyes anticatólicas vigentes en aquellas tierras, tuvo que hacerse pasar por un excombatiente y tratante de caballos.

Así pues, el capitán Juan Watson —era ése su seudónimo— desembarcaba en el pequeño puerto de

Leith, cerca de Edimburgo, en el otoño de 1613. Su objetivo era claro: desarrollar un apostolado entre nobles y burgueses católicos, con vistas a restablecer el catolicismo en Escocia. Todo debía ser hecho con discreción, eficiencia y sagacidad, para no ser denunciado ante el gobierno.

A despecho de sus buenas intenciones, el primer período de su apostolado fue infructuoso, pues la nobleza, conformista, no mostraba el más mínimo interés por la causa católica.

En febrero de 1614, el jesuita presentó, sin éxito, una propuesta de tregua político-religiosa en la corte de Londres. En Pascua viajó a París, donde fue reprendido por su provincial, el P. Gordon, por haber salido de Escocia sin la aprobación de sus superiores.

De regreso a Escocia

Amante de la obediencia, el joven sacerdote no se desanimó; al contrario, volvió —con más entusiasmo aún— a

su misión. Quizá, como fruto de esa buena aceptación, a Nuestra Señora le agradó que esta vez su apostolado clandestino fuera más fecundo.

Entre Edimburgo y Glasgow, arriesgándose constantemente a ser víctima de una trampa, allí iba ese misterioso capitán Watson, o bien colándose en los presidios para animar a los católicos encarcelados a perseverar en la fe, o bien para predicar y administrar los sacramentos en secreto en los hogares de familias católicas.

En el breve período comprendido entre la Pascua de 1614 y el comienzo de 1615, numerosas almas se reconciliaron con la Santa Iglesia gracias al celo del valiente misionero. Y probablemente habría habido muchas más conversiones si la obra del P. Ogilvie en aquellas tierras no se hubiera visto brutalmente interrumpida.

La traición

Tras celebrar misa en presencia de Adam Boyd, un protestante que había declarado estar dispuesto a volver a la verdadera Iglesia, el «capitán Watson» organizó un encuentro con el supuesto converso en el mercado de Glasgow para ilustrarlo sobre la doctrina católica.

Sin embargo, justo después de la celebración, Boyd fue a ver al «arzobispo» anglicano Spottiswood, un exministro presbiteriano que se encargaba de mantener a los católicos y calvinistas bajo el control del poder real en Glasgow. Así que cuando el P. Ogilvie se presentó en el lugar acordado, fue arrestado y llevado a la casa del alcalde. Allí también acudió Spottiswood y sus secuaces.

A partir de entonces, comenzaron las páginas más sublimes de la biografía del santo.



Bajo un perfecto disfraz, aquel sacerdote desembarca en Leith; todo debía hacerse con discreción, eficacia y sagacidad

San Juan Ogilvie regresa a Escocia - Iglesia de San Luis, Glasgow (Escocia)

Asemejándose al Señor en su pasión

En una sombría representación del encuentro entre Nuestro Señor Jesucristo con Anás, el pseudoarzobispo abofeteó al ministro consagrado, censurándolo por «el atrevimiento de celebrar la misa en una ciudad de la Iglesia Reformada».² A lo que, intrépido, el jesuita replicó: «Y vuestra merced tiene el atrevimiento de portarse como un verdugo y no como un arzobispo».

Al oír la fogosa respuesta, los criados de Spottiswood se abalanzaron con infernal violencia sobre el joven presbítero, arrancándole la barba e hiriéndolo con las uñas. Sólo la intervención de una autoridad civil pudo contener la saña furibunda de aquellos esbirros.

Asemejándose aún más al Señor en su pasión, el P. Ogilvie incluso fue sometido a la humillación de ser despojado de sus ropas antes de ser encarcelado.

Sagacidad, intrepidez y firmeza

A la mañana siguiente, se inició el interrogatorio, en presencia del prelado y del juez de Glasgow. Desde el principio, el santo fue interpelado sobre la principal acusación: «¿Habéis celebrado la misa en el reino?». Conocedor del código penal, el sacerdote se limitó a contestar: «Puesto que se trata de un crimen, no es a mí a quien toca responder, sino a los testigos». Preguntado si reconocía la realeza del calvinista Jacobo VI, replicó con precisión: «El rey Jacobo es de *facto* rey de Escocia», sin pronunciarse sobre la legitimidad de su poder. Otras veces, simplemente se negaba a responder cuestiones más comprometedoras.

No obstante, la prudencia no le empañaba su brío. En una ocasión, le increpó a Spottiswood por la invalidez de su consagración episcopal: «Lego sois y no tenéis más jurisdicción espiritual que la que pueda tener vuestro báculo».

Al cabo de las veintiséis horas que constituyeron la primera sesión del interrogatorio, el reo temblaba por la fiebre, pues no habría probado ningún alimento. Cuando le fue permitido arrimarse a una chimenea para calentarse, un criado del líder anglicano se acercó a él y le amenazó con arrojarlo al fuego allí mismo. «Habéis escogido el mejor momento para ello, pues estoy temblando de frío», replicó ingenioso y altivo el santo, revelando un gran distanciamiento psíquico, fruto de una absoluta confianza en Dios.

A pesar de las numerosas acusaciones, el mayor interés de los magistrados era, en realidad, averiguar los nombres de los que deseaban el regreso del catolicismo al Reino Unido. Así que, al no conseguir del P. Ogilvie ninguna delación, los verdugos decidieron privarle del sueño con la esperanza de que disminuyera su resistencia y, aun involuntariamente, acabara denunciando a alguno de sus amigos.

Durante ocho días consecutivos y sus noches, fue sometido a constantes torturas: lo expusieron a ruidos ensordecedores, lo arrastraron violentamente por el suelo, le arrancaron el cabello y lo hirieron con puntiagudas estacas. Además, lo ataron a barras de hierro, que no le permitían mantenerse de pie ni acostado.

Aparte de los castigos físicos, Spottiswood también le infligió un doloroso tormento moral, al difundir el rumor de que el jesuita había traicionado la causa católica revelando los nombres de algunos fieles.

Como los médicos advirtieron que el reo no soportaría tres horas más tan brutales tormentos, le dejaron descansar veinticuatro horas. Después, las sesiones se multiplicaron sin que se llegara a un veredicto y, sobre todo, sin que el P. Ogilvie revelara dato alguno.

Sentencia de muerte

Finalmente, el propio rey le envió un cuestionario sobre las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Consciente de las consecuencias, el P. Juan Ogilvie no podía renegar de su fe. Respondió a las delicadas preguntas del soberano de acuerdo con la doctrina católica, lo que equivalía a firmar su sentencia de muerte.

Se estableció un tribunal definitivo para juzgar al P. Ogilvie por sus respuestas al cuestionario real. De esta acusación, el joven sacerdote no podía ni quería exonerarse: de ser necesario, daría su vida en defensa de la verdadera Iglesia y de sus derechos divinos.

La sentencia había sido promulgada. Juan Ogilvie iría al cadalso. Con cínica sutileza, el tribunal se cuidó mucho de emitir un veredicto que no parecía basarse en convicciones religiosas, sino en meros delitos civiles: alta traición y violación de las leyes del Estado. Como suele ocurrir, los malos deseaban



Durante ocho días y sus noches, fue sometido a constantes torturas, pero nada hizo tambalear sus convicciones

San Juan Ogilvie en la cárcel - Iglesia de San Luis, Glasgow (Escocia)

ocultar las verdaderas razones de la condena para mancillar la gloria del fiel mártir con el fango de la vulgaridad.

Pero un hombre de la estatura moral del P. Ogilvie no podía morir como un simple falsificador de documentos...

Hasta el martirio, haciendo mal a los malos

Para entonces, el «caso Ogilvie» ya se había extendido por toda Escocia. Al entender que la apostasía del famoso jesuita sería más valiosa para la causa protestante que su heroico martirio, los enemigos de la Iglesia se abalanzaron como buitres sobre el condenado para ganarse su simpatía.

10 de marzo de 1615. De camino al patíbulo, un tal Scott, ministro protestante, intenta convencer al reo, con fingido afecto y compasión, de que abjure de la fe católica y abrace la herejía.

En una última muestra de viva astucia, el jesuita finge estar satisfecho con la propuesta y, simulando temer la muerte, responde vacilante: «Si de mí dependiera morir o no... pero no puedo hacer nada. He sido declarado culpable de alta traición, y por eso voy a morir».³

Sin darse cuenta de la santa trampa, el hereje le replica: «¡Traición! ¡En absoluto! Abjura del papismo y todo os será perdonado; incluso seréis llamado de favores». Y revela que había sido enviado por Spottiswood con órdenes de ofrecerle la mano de la hija del prelado cismático, junto con una cuantiosa suma de dinero, si aceptaba hacerse protestante.

En ese momento, ambos llegan al lugar del cadalso. El santo invita al mensajero a repetir la propuesta ante los numerosos testigos. Al oírla, los protestantes exultan, mientras que los católicos, allí presentes para presenciar el martirio, se estremecen, angustiados con la perspectiva de tan escandalosa apostasía.



Reproducción

«Por mi religión daría cien vidas, si las tuviera. Sólo tengo una; tómalas, porque mi religión nunca me la arrebataréis»

Ejecución de San Juan Ogilvie - Iglesia de San Luis, Glasgow (Escocia)

Tomando la palabra, el P. Ogilvie pregunta, con aparente recelo: «Y en ese caso, ¿no podré temer ser perseguido como reo de alta traición?».

«¡No!», vocifera la multitud. «¿Mi delito, entonces, es solamente mi religión?». Creyendo que estaban a punto de obtener la capitulación del misionero, la turba liderada por Scott grita: «¡Sólo, únicamente la religión!».

El P. Ogilvie había conseguido lo que anhelaba. En una maniobra típicamente contrarrevolucionaria, quedaba así desenmascarada ante la historia la verdadera razón de la ejecución, y con ella, la sanguinaria maldad de los agentes de la seudorreforma.

Altivo y satisfecho, el mártir proclama: «¡Muy bien! Es más de lo que deseaba. Estoy condenado a muerte únicamente por mi religión. Por ella daría cien vidas, si las tuviera. Sólo tengo una; tómalas, porque mi religión nunca me la arrebataréis».

Furioso al verse tan astutamente engañado, el ministro protestante ordenó al verdugo que ejecutara de

inmediato la sentencia. Éste, a su vez, le rogó al condenado, entre lágrimas, que lo perdonara por la sangre inocente que iba a derramar.

En un último gesto de generosidad, el misionero abrazó a su verdugo y arrojó sus pertenencias a la gente. El rosario del sacerdote cayó sobre el pecho de un joven calvinista. Años más tarde, aquel muchacho atribuiría su conversión al catolicismo a ese episodio.

Finalmente, el sacerdote fue ahorcado. Escocia perdía a un misionero, y el Cielo recibía a un héroe.

«Non praevalerunt»

Juan Ogilvie fue beatificado el 22 de noviembre de 1929 por Pío XI y canonizado el 17 de octubre de 1976 por Pablo VI. La liturgia lo conmemora el 10 de marzo.

Su muerte es, sin duda, una de las historias más emocionantes del martirologio que tuvieron lugar en Gran Bretaña entre los siglos XVI y XVII. Sin embargo, no es la única. Poco se habla de los horribles suplicios a los que fueron sometidos muchos católicos en el Reino Unido, a partir del cisma de Enrique VIII.

No obstante, ante cada persecución, la Santa Iglesia siempre engendrará nuevos refinamientos de sublimidad y santidad, proclamando altanera su inmortalidad: *¡Non praevalerunt!* ❖

¹ IRIBARREN, Jesús. «San Juan de Ogilvie». In: ECHEVERRÍA, Lamberto de; LLORCA, SJ, Bernardino; REPETTO BETES, José Luis (Org.). *Año Cristiano*. Madrid: BAC, 2003, t. III, p. 199.

² BUTLER, Alban. *Vidas de los Santos*. Ciudad de México: Clute, 1965, t. I, p. 522.

³ Todo el diálogo ha sido tomado de la obra: MOLINARI, SJ, Paulo (Ed.). *Santos e Beatos da Companhia de Jesus*. Suplemento. Braga: Secretariado Nacional do Apostolado da Oração; Apostolado da Imprensa, 1974, pp. 215-217.



Rápida solución para un problema complejo

Un grave accidente de tráfico dejó a dos pacientes esperando durante horas un trasplante de médula ósea. Contra todo pronóstico, la intervención de Dña. Lucilia obtuvo de Dios lo que parecía imposible.



✠ Elizabete Fátima Talarico Astorino

Hay ciertas «coincidencias» que la ciencia no puede explicar; los milagros y las intervenciones sobrenaturales quedan fuera de su alcance. Y hay casos en los que las manifestaciones divinas y la ayuda inesperada son de difícil comprensión, incluso para personas de mucha fe.

Uno de esos casos es relatado por la Dra. Gianne Donato Costa Veloso, hematóloga del Servicio de Trasplantes Papa San Juan Pablo II, de la Santa Casa de Misericordia, de la ciudad de Montes Claros (Brasil).

Narra una serie de acontecimientos en torno a dos delicados trasplantes de médula ósea que habrían terminado en una tragedia de no haber sido por la intervención de Dña. Lucilia, que obtuvo de Dios toda una secuencia de hechos altamente improbables.

Un delicado trabajo, de vida o muerte

La Dra. Gianne escribe:

«Trabajo desde hace unos años tratando enfermedades que afectan al sistema sanguíneo y esto, para mí, es un arte sublime, en el que cada detalle marca la diferencia entre la vida y la muerte, el final y un nuevo comienzo.

»En algunas situaciones, para abordar tipos específicos de cáncer hematológico se requieren dosis muy elevadas

de quimioterapia, que destruyen la enfermedad, pero también todas las células responsables de la producción de sangre y del sistema de defensa del organismo. Esto elimina la enfermedad, pero también puede matar al paciente.

»La única forma de hacer viable esa terapia eficaz es separar las células capaces de reconstruir el sistema sanguíneo y de defensa, mantenerlas almacenadas y vivas fuera del paciente mientras la quimioterapia destruye su enfermedad. A continuación, con el paciente libre de enfermedad y sin médula ósea, se infunden nuevamente las células que habían sido conservadas. Éstas reconstituirán el sistema sanguíneo destruido. En eso consiste el trasplante de médula ósea».

Las etapas de un procedimiento complejo

La Dra. Gianne explica algunos supuestos clínicos adicionales, que nos ayudarán a comprender mejor los hechos:

«Para realizar un trasplante de médula ósea, es necesario determinar el diagnóstico correcto, así como la indicación y el beneficio del procedimiento. Su planificación implica la administración de medicamentos para movilizar las células madre desde el entorno organizado de la médula ósea hacia el

sistema sanguíneo que fluye por nuestros vasos. Luego, mediante un catéter en una vena de gran calibre, se recolectan las células deseadas, haciéndolas pasar por una máquina que las identifica por su tamaño y la ausencia o presencia de gránulos en su interior.

»Esas células seleccionadas se almacenan en bolsas de plástico para su posterior evaluación en cuanto a cantidad y vitalidad, infiriendo su capacidad de actuar como semillas muy especiales, con un destino específico para asentarse, repoblar y restablecer la función de toda la médula ósea a partir de un único tipo de célula madre infundida, capaz de generar miles de células hijas con funciones variadas que permiten un nuevo comienzo, sin dolencias y con la capacidad de restaurar el sistema inmunológico, ahora competente.

»Las células recolectadas son almacenadas y congeladas en una solución adecuada, donde pueden permanecer durante años, como si hibernaran. Lo que asegura la vida de estas células es la congelación en esa solución específica, que induce la ralentización y después la interrupción de la actividad metabólica de las células que, al quedar detenidas, dejan de consumir oxígeno y energía y, por lo tanto, no mueren durante ese período en el que permanecen fuera del organismo.

»De igual manera, su despertar y la reanudación de la actividad se desencadenan por la descongelación y la rápida infusión en el cuerpo a través de una vena de gran calibre, que proporciona rápidamente, en ese momento crítico, nuevas fuentes de oxígeno y de energía. De este modo, las células, ahora despertadas de su hibernación y nutridas por el torrente sanguíneo del paciente, circulan por la sangre y, mediante un mecanismo bellísimo de reconocimiento de su nuevo hogar, repueblan el entorno de la médula ósea que había sido preparado para recibir las.

»Esta preparación consiste en destruir todo el sistema sanguíneo e inmunitario del paciente por medio de quimioterapias de altas dosis, de forma que todas las células malignas sean eliminadas a través de un tratamiento imposible de tolerar si las células capaces de reconstruir esos sistemas no estuvieran protegidas fuera del cuerpo. Si las nuevas células no son reinfundidas, surgirán diversas complicaciones que conducirán casi invariablemente a la muerte del paciente».

El inicio del drama: un accidente de tráfico

Tras esta explicación sobre la complejidad de la terapia y la necesidad de respetar la secuencia exacta establecida por el equipo médico, la Dra. Gianne describe la insólita situación que vivió:

«Dos pacientes con mieloma múltiple fueron preparadas para recibir su nueva médula ósea. Una vez confirmada la viabilidad de las células previamente recolectadas, se llevaron a cabo los tratamientos quimioterápicos veinticuatro horas antes del momento previsto para la infusión de las células madre. Se da la circunstancia de que

estas células se manipulan en el Centro de Tejidos Biológicos, a cuatrocientos kilómetros del lugar donde las pacientes las recibirían.

»Las células son transportadas en bolsas de plástico, envueltas en finas placas metálicas que las protegen, y sumergidas en contenedores con nitrógeno líquido, que mantiene la temperatura a -195°C . La posición y la inclinación del contenedor, dentro del vehículo de transporte, son monitorizadas para garantizar que no haya pérdida de energía ni aumento de temperatura durante el trayecto al centro de trasplantes de Montes Claros.

»A la hora en que debían llegar las células —las seis de la tarde del día anterior a su infusión—, nos informaron de un retraso en el transporte y una nueva previsión de entrega para las nueve de la noche. A las diez, el enfermero del centro de trasplantes recibió de la empresa transportista la comunicación de que el conductor del automóvil había sufrido un accidente: el vehículo se

volcó y quedó tendido en una ladera junto al río Jequitinhonha, cerca del municipio de Olhos D'água. El conductor había sido rescatado por los servicios de emergencia (SAMU), pero nadie sabía el paradero ni el estado de las placas que contenían las células madre destinadas al trasplante de las dos pacientes.

»Solicité inmediatamente la ayuda del médico responsable de la Unidad de Trasplantes, mi marido, el Dr. Luiz Fernando Veloso, quien avisó al superintendente del hospital. Ambos se pusieron en contacto con el SAMU para conocer los detalles del accidente con el fin de movilizar a bomberos y policía para que proporcionaran los medios y recursos necesarios para localizar las placas que contenían las células, a tiempo para la infusión.

»Enseguida nos enteramos de que el vehículo estaba bastante dañado, sujeto por un cable de acero, y que el contenedor ya no se hallaba en su interior. Además, encontraron la tapa del contenedor, pero no habían localizado el resto, y mucho menos las valiosas



Reproducción



SAMU

Tras el accidente, nadie sabía el paradero ni el estado de las bolsas que contenían las células madre. A cada instante que pasaba, las probabilidades de que fueran aptas para el trasplante disminuían...

Vehículo que transportaba las células madre tras el accidente; en el destacado, búsqueda de las bolsas con el material

placas que contenían la “vida” de las dos pacientes».

La oración: solución para un problema «insoluble»

Al ver así desvanecidas todas las posibilidades de recursos naturales, la Dra. Gianne no dudó ni un instante:

«Ante este suceso y en completa oscuridad y desesperación, fui tomada por una fuerza de oración y súplica. Me dirigí a mi oratorio y, pidiendo la intercesión de la Virgen, recé los misterios de luz —misterios luminosos— del santo rosario, pues eso fue lo que me vino a la mente; también se me ocurrió pedirle a una buena señora, con fama de santidad, de la que había oído hablar.

»Esta señora, ya fallecida, se llamaba Dña. Lucilia, y tan pronto como su nombre me vino a la mente empecé a rezar y a pedir, entre lágrimas de desesperación, su auxilio en la búsqueda de las células, para que fueran encontradas aptas para la infusión, en la cantidad adecuada, con buena calidad y de la forma más rápida posible, ya que el tiempo era un factor crítico en aquella situación inusual y preocupante.

»Las células estaban en medio de los matorrales, o en el fondo del río, en algún lugar de la carretera cerca de Olhos D’água. Eran la “vida” de dos pacientes hospitalizadas, cuyas médulas óseas habían sido destruidas adecuadamente por la quimioterapia y estaban listas para recibir las células, que en ese momento se habían perdido.

»Durante unas cuatro horas recé, lloré, clamé y le pedí a Dios una solución a este problema grave y difícilísimo. Cada avance de la manecilla del reloj significaba el calentamiento de las células, consumo de energía y pérdida de vitalidad. Si el traslado se hubiera hecho en una hora normal y el accidente hubiera ocurrido durante el día, sin duda, el impacto de la temperatura habría sido mayor».



João S. Cria Dias

«Empecé a rezar y, entre lágrimas de desesperación, le pedí a Dña. Lucilia ayuda en la búsqueda de las células»

Doña Lucilia a los 92 años

Una carrera contrarreloj, en la lucha para salvar dos vidas

«A las dos y veinte de la madrugada, nos informaron de que tres de las cuatro placas acababan de ser halladas. Encontrar pequeñas placas metálicas en la maleza junto al río, de noche y sin que las personas que las buscaban supieran exactamente qué estaban buscando, fue una primera providencia de Dios.

»De inmediato, todo el equipo responsable de la infusión se dirigió al hospital, pero con gran angustia por comprobar en qué condiciones llegarían esas médulas. Además, yo aún no sabía cuál de las dos pacientes recibiría una placa menos.

»A las tres y cuarto de la mañana, un policía militar, que se había curado de leucemia aguda hacía unos dieciocho meses, me entregó las tres placas en una caja de cartón. Más tarde supe que en algún momento de la búsqueda se barajó la posibilidad de desistir de la misma, pero él y otras buenas personas que estaban allí insistieron en continuar el trabajo, pues comprendían la importancia

de este suceso para la salvación de las dos vidas que las esperaban. Veo en esto una segunda providencia de Dios.

»Las bolsas fueron evaluadas y desinfectadas; a continuación, se procedió a la infusión del contenido de las tres bolsas: dos con 3,6 millones de células para una paciente y la otra con 5 millones de células para la segunda paciente. Las bolsas llegaron descongeladas y, en ese momento, no sabíamos si las células seguían vivas y capaces de cumplir su papel, ya que la descongelación reactiva las células, que empiezan a consumir energía y oxígeno y tienen una corta supervivencia fuera del cuerpo, en esas condiciones.

»La infusión de las tres bolsas que contenían las células se realizó entre las tres y media y las cuatro y veinte de la mañana, sin ninguna complicación y con excelente tolerancia por parte de las pacientes. Estaban tranquilas y no sabían, todavía, lo que había sucedido.

Un pormenor vital

Un detalle muy importante, que la Dra. Gianne no omite registrar en su relato, es el hecho de que, para que la médula ósea recupere adecuadamente su función, el número mínimo de células que se debe infundir es de dos millones. Consciente de ello, había pedido en su oración que se encontrara la cantidad adecuada. Continúa la narración:

«La tercera intervención de Dios fue que habían llegado dos bolsas de la paciente que sólo tenía 3,6 millones de células en total; la pérdida de una de sus bolsas habría sido gravísima. Por lo tanto, la bolsa extraviada era de la paciente que, en la única de sus bolsas encontradas, tenía más del doble del mínimo necesario.

»A las cinco de la mañana, me entregaron la cuarta bolsa que, encontrada tarde, estaba dañada, rasgada y con todo su contenido celular perdido.

»A las siete de la mañana, esta noticia ya estaba en la televisión, con la imagen de un policía que, a la luz de

una linterna, removía la maleza en la increíble jornada de búsqueda de algo que sólo conocía por aproximación. Informamos a las pacientes de todo lo ocurrido y sus implicaciones y riesgos. Se mostraron extraordinariamente tranquilas y confiadas».

Certeza sobre la intercesión de Dña. Lucilia

«En situaciones ideales, los signos de recuperación de la médula ósea trasplantada —cuyo restablecimiento mínimo llamamos “injerto”— suelen aparecer entre el décimo y el decimo-cuarto día después de la infusión de células madre. En algunos pacientes, ese “injerto” puede tardar treinta días o incluso más en producirse.

»Esto significaba que el martirio de aquella espera podía ser en extremo largo y duro, en una situación tan anómala. El riesgo de fracaso en el “injerto”, es decir, de que la médula simplemente no funcionara, era una amenaza preponderante y dependía de cuán viables eran esas células después de las agresiones a las que habían sido sometidas como consecuencia del accidente.

»El quinto día tras la infusión era domingo. Fui a misa a la iglesia de Nuestra Señora de los Clarísimos Montes, un edificio de los Heraldos del Evangelio. Era el primer domingo de junio, mes del Sagrado Corazón de Jesús. En su homilía, el sacerdote heraldo mencionó, entre varios ejemplos de devoción al Sagrado Corazón, a Dña. Lucilia, madre del Prof. Plinio Corrêa de Oliveira, la misma señora con fama de santidad a la que había recurrido aquella noche difícil. Esto ya me pareció como un alivio a mi angustia.

»En determinado momento, el sacerdote se refirió a Dña. Lucilia como una “lamparita” que conducía al Sagrado Corazón de Jesús.

Me invadió una intensa emoción, pues recordé una serie de hechos: mis oraciones, los misterios luminosos, las linternas de los policías que encontraron en la oscuridad las células desconocidas para ellos... Era imposible no asociar los acontecimientos de las médulas, mis oraciones y la petición de intercesión que le había hecho a esa señora con fama de santidad.

»Sentí la certeza de que todo ese suceso había sido bendecido, protegido, guiado e iluminado por la intercesión de Dña. Lucilia».

Finalmente, dos pacientes curadas por completo

La esperanza de la Dra. Gianne en el auxilio de una madre tan bondadosa no se vería defraudada en lo que respecta a la cuestión más importante de todos esos hechos: la vida de las dos pacientes. Acompañemos el desenlace de este impresionante relato.

«Al décimo día de la infusión, la paciente que recibió las dos bolsas de médula mostraba evidencias inequívocas del “injerto” de la médula ósea, y cuatro días después fue dada de alta en excelentes condiciones, como si la médula ignorara todas las agresiones que había sufrido.

»Al undécimo día, la paciente que tan sólo había recibido una bolsa presentó un cuadro de reacción inflamatoria que, aunque no es frecuente, puede ocurrir durante el “injerto” de la médula ósea, manifestado como fiebre, descenso de la saturación arterial de oxígeno, taquicardia y malestar. Recibió el tratamiento adecuado y veinticuatro horas después se encontraba en buen estado clínico.

»Aclaro que la intensidad de esta reacción habría sido mucho mayor y más grave si la paciente hubiera recibido ambas bolsas. Dios obró con suma perfección, entregándome una bolsa de médula completamente vacía, porque, de lo contrario, se la habría infundido. Esta paciente fue dada de alta al decimoquinto día, también en excelentes condiciones, como si nada negativo hubiera afectado a su médula ósea.

»El 11 de junio, día del alta de una de las pacientes, decidimos darle gracias a la Santísima Virgen por su cuidado maternal en el caso, por los equipos de búsqueda, médicos y paramédicos que participaron en estos hechos. Recibimos la visita de la imagen peregrina de Nuestra Señora de Fátima, con la bendición del P. Wagner Morato, EP. Fue un momento importante para la fe de muchas personas allí en el hospital.

»Nos hicimos una bonita foto para la posteridad, con todos los implicados, y me aseguré de sostener una fotografía de Dña. Lucilia, como agradecimiento por esa gran bendición que nos fue concedida». ❖



La esperanza de la Dra. Gianne en el auxilio de tan bondadosa madre no se vería defraudada respecto de lo más importante: la vida de las dos pacientes

En el centro, la Dra. Gianne sostiene un retrato de Dña. Lucilia, junto con dos profesionales implicados en el caso

Reproducción

Fotos: Joanna Chaves



Costa Rica – Al son de los cantos del coro juvenil de los Heraldos del Evangelio, el 24 de enero, la histórica cruz del Parque Metropolitano La Sabana, de San José, fue bendecida por el nuncio apostólico, Mons. Mark Gerard Miles, tras meses de restauración. La ceremonia contó con la presencia del presidente de la República, Rodrigo Chaves Robles, y de la primera dama, Signe Zeikate, impulsora del proyecto de recuperación de ese símbolo religioso y cívico del país.

Fotos: Antonio Queirós



Brasil, Salvador – En solemne sesión celebrada en el Salón de Plenos Cosme de Farias, presidida por el concejal Alexandre Aleluia, el Ayuntamiento de Salvador concedió el título de Hijo Adoptivo de Salvador, «in memoriam», el 17 de diciembre, a Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP, representado en el acto por el P. Wagner Silva, EP.

Fotos: Eric Salas



España – En un acto de devoción filial, el 25 de enero, miembros de los Heraldos del Evangelio residentes en España rindieron homenaje a Nuestra Señora del Pilar con una santa misa y una ofrenda floral realizada en la basílica dedicada a Ella en Zaragoza.



Fotos: Romário Araújo

Brasil, Ciudad Estructural – Con motivo de la conmemoración litúrgica de Santa Lucía, patrona de una de las capillas de la Parroquia Jesús Buen Pastor, el cardenal Paulo Cezar Costa, arzobispo de Brasilia, presidió la solemne eucaristía de la comunidad el 13 de diciembre. Concelebraron la santa misa el párroco, el P. Lourenço Ferronato, EP, y el P. Miguel Ángel Díaz Meléndez, de la parroquia de Nuestra Señora del Encuentro con Dios.



Fotos: David Domingues

Brasil, Caieiras – Ciento cuarenta y cuatro confirmandos de la parroquia de Nuestra Señora de las Gracias recibieron el sacramento de la confirmación de manos de Mons. Sergio Aparecido Colombo, obispo de Bragança Paulista. La ceremonia tuvo lugar el 7 de diciembre en la iglesia de la casa madre de la Sociedad Femenina de Vida Apostólica Regina Virginum.



Gabriel Lopes

Brasil, Caieiras – El año académico del Instituto Teológico Santo Tomás de Aquino y del Instituto Filosófico Aristotélico-Tomista comenzó el 28 de enero con la lección inaugural pronunciada por Mons. Benedito Beni dos Santos, obispo emérito de Lorena, quien a continuación presidió la santa misa en la basílica de Nuestra Señora del Rosario.



Fotos: Emilio Pérez



Ecuador – La imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María visitó las parroquias de San Juan Bosco (fotos 1 y 2) y de Santa Teresa de Jesús (foto 3) de la ciudad de Cuenca. En ambas parroquias se llevó a cabo la solemne coronación de la imagen y varias celebraciones eucarísticas, animadas por el coro de los Heraldos del Evangelio.

Fotos: José Cali



Chile – En un clima de recogimiento y oración, el 13 de diciembre se realizó una «Tarde con María» en la casa de los Heraldos del Evangelio de Santiago. El programa incluyó charlas sobre el tema «La Virgen María y el Adviento», seguidas de la celebración de la santa misa.

Camila Juárez



Guatemala – En diciembre, el coro femenino de los Heraldos del Evangelio ofreció una presentación musical en la parroquia de Nuestra Señora de Guadalupe, de Ciudad de Guatemala, donde se encuentra la casa de la institución. A las melodías le siguió el reparto de alimentos para las familias presentes.

Fotos: facebook.com/parroquiaguadalupeavilla



Una petición de la Santísima Virgen

Las ceremonias celebradas los primeros sábados de cada mes, en todos los lugares donde los Heraldos del Evangelio están presentes, han sido objeto de copiosas gracias. Tienen como finalidad responder a la petición hecha por la Santísima Virgen en Fátima para que durante cinco primeros sábados consecutivos los fieles se confiesen, recen el rosario y hagan una meditación de quince minutos sobre los misterios del santo rosario, para desagrarar su Inmaculado Corazón.

Destacamos en las fotos de abajo las ceremonias que tuvieron lugar en la basílica colegiata de San Isidro, de Madrid, España; en la iglesia del Santísimo Sacramento, de Lisboa, en la iglesia del Pópulo, de Braga, y en la iglesia de Nuestra Señora de la Concepción, de Oporto, Portugal; en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, de Caieiras, en la catedral de Nuestra Señora de las Gracias, de Belém do Pará, y en las casas de los Heraldos de Campos dos Goytacazes y Maringá, Brasil.



Madrid

Eric Salas



Lisboa



Caieiras

Stephen Nami



Caieiras

Stephen Nami



Belém do Pará

Salvador Astorino



Lisboa

Francisco Meyer



Campos dos Goytacazes

Lucas Caldas



Caieiras

Stephen Nami



Madrid

Eric Salas



Oporto

Antonio Carneiro



Braga

Antonio Carneiro



Maringá

Fernanda Aguiar



La victoria de los vencidos

Por un instante, toda Francia tembló. Algunos campesinos, armados con hoces y rosarios, se atrevían a detener la Revolución.

✎ Pedro Gusson Angelune Martins



Al despuntar el año 1793, Francia parecía una nación condenada a desaparecer. Todo lo que había sido estable durante trece siglos de monarquía cristiana se desmoronaba o era destruido: el rey había sido decapitado; la familia real se hallaba encarcelada; la nobleza había emigrado; el clero se dividía entre perseguidos y cismáticos; la burguesía estaba convulsionada por los miasmas revolucionarios; París se había convertido en el epicentro de la revuelta.

La solución vendría del único poder capaz de despertar fuerzas providenciales en los más humildes e insospechados rincones de la sociedad, en los momentos en que las élites decaen. Se trataba del mismo poder que, siglos antes, había hecho de una pastora llamada Juana de Arco la salvadora de la primogénita de la Iglesia.

Como señala cierto autor,¹ en los anales de Francia hay episodios que constituyen ecos de la Historia Sagrada. Y, en este sentido, puede decirse que le correspondió a la contrarrevolución vandeana repetir las palabras de David al pelear contra el gigante Goliat: «Todos los aquí reunidos sabrán que el Señor no salva con espada ni lanza, porque la guerra es del Señor y os va a entregar en nuestras manos» (1 Sam 17, 47).

En plena Revolución francesa, comenzaría un gran duelo entre el cristianismo y la Revolución,² que sería la parábola del supremo combate entre la luz y las tinieblas.

Inicios de una guerra de religión

El 24 de agosto de 1790 se sancionó la Constitución Civil del Clero, piedra angular de una «Iglesia» moderna, estatal y separada de la Sede Romana. Meses después, los clérigos fueron intimados a suscribirla, bajo pena de exilio o, si permanecían en el país, de muerte. Los promotores de la Revolución soñaban con que, al herir a los pastores, el rebaño se dispersaría.

Pero no sería así en una región recorrida hacía menos de un siglo por San Luis María Grignon de Montfort, donde los vínculos entre la Iglesia y los fieles se conservaban demasiado fuertes como para disolverse por un simple mandato republicano.

El 21 de enero de 1793, Luis XVI era guillotinado. No se trataba sólo de un regicidio, sino un verdadero atentado contra el orden católico del Antiguo Régimen. La noticia caería como un rayo sobre la población del oeste francés.

Los católicos se sublevan

La Vandea es un extenso territorio situado entre el río Loira y el océano Atlántico, enmarcado a veces por densos bosques, otras, por zonas pantanosas. Esta región era cuna de hombres de voluntad decidida y de gran apego a las tradiciones, aliadas a una fe profunda y una lealtad familiar a toda prueba.

Para los vandeanos, la tristeza por la ejecución del soberano enseguida se transformaría en odio, pues la

Convención —el gobierno revolucionario por entonces— había ordenado el reclutamiento de trescientos mil hombres para defender sus fronteras. Así, la Revolución ya no exigía sólo la resignación de los franceses ante sus atrocidades, sino que participaran activamente en sus iniciativas. Huelga decir que aquellos rudos campesinos no se someterían con tanta facilidad...

12 de marzo, Saint-Florent-le-Vieil. Algunos campesinos se rebelan al negarse a alistarse. Los azules, como eran conocidos los republicanos, llevan un cañón para persuadirlos, pero los jóvenes se lanzan a la lucha y terminan por tomar la pieza. Es el comienzo de un conflicto que se extenderá casi simultáneamente por varias localidades y amenazará el poderío revolucionario.

Habrà, es cierto, otros levantamientos contrarrevolucionarios, como el de la *Chouannerie* en Bretaña, las revueltas de Lyon, Tolón y Marsella y algunas escaramuzas de monárquicos dispersos. Pero la insurrección vandeana será el único movimiento que constituirá un verdadero cuerpo militar de oposición a la República: la *Grande Armée Catholique et Royale*, el gran ejército católico y real.

En su mayoría agricultores y artesanos, los combatientes de la primera hora eligieron como líderes a hombres de su entorno, pero dotados de un carisma que arrastrará a las multitudes: Cathelineau, un simple vendedor, apreciado unánimemente por su

fervor religioso y sus incomparables dotes de mando, y Stofflet, un antiguo guardabosques que realizará hazañas militares sin precedentes.

¿Y los nobles? En un primer momento no actuarán. Los que no habían emigrado se atrincheraban en sus dominios, esperando que amainara la tormenta. Finalmente, algunos acabarán aceptando el mando, dada la insistencia de los campesinos. «A los nobles les corresponde guiarnos —resumió Cathelineau—, somos valientes como ellos, pero ellos entienden mejor el arte de la guerra». De ahí que los insurgentes buscarán hombres experimentados como Charette, D'Elbée, Lescure, La Rochejaquelein y Bonchamps.

Así, el marqués de Bonchamps hará de sus hombres unos grandes soldados. Lescure comandará ofensivas en el Alto Poitou, mientras que su primo, Henri de La Rochejaquelein, pasará a la historia como una de las figuras emblemáticas de la resistencia, inmortalizado por su célebre frase: «Si avanzo, seguidme; si retrocedo, matadme; si muero, vengadme». No obstante, a François Athanase Charette, sobre todo, será a quien la guerra de la Vande le deberá sus episodios más inesperados y sus capítulos más trágicos.

Los papeles se invierten

En las primeras batallas a campo abierto, los vandeños aún temían el fuego de los cañones: a los disparos le seguía la desbandada. Armados con palos y horcas, aquellos guerreros novatos parecían indefensos ante las bien equipadas filas de la República. Pero, instados por sus líderes e incluso por sus propias esposas, aprendieron en poco tiempo a luchar con ingenio y destreza: agachándose al estruendo de las armas, esquivaban los disparos; acto seguido, corrían antes de que el enemigo pudiera recargar las piezas de artillería.

Entonces se invirtieron los papeles y los azules empezaron a retirarse. Los despojos, por supuesto, eran capturados por los vandeños, que pasaron a luchar con

armamento adecuado. Sin embargo, más valioso que cualquier botín era el aprecio mutuo que reinaba en las filas católicas.

Los blancos, es decir, los vandeños, comenzaron atacando aldeas consideradas bastiones de la República. Portando sus grandes rosarios y emblemas del Sagrado Corazón de Jesús, conquistaron varias ciudades en pocos días. Cada descampado se convirtió en campo de batalla, cada hoz en arma, cada camino en trinchera.

En un verdadero éxodo, decenas de parroquias se sublevaban, uniéndose al comandante más cercano. Familias enteras abandonaron sus hogares para marchar al combate y a lo desconocido.

Y las hazañas heroicas se multiplicaron. Una vez, durante un combate, un republicano gritó: «¡Disparad al que lleva un pañuelo rojo!». Henri de La Rochejaquelein siempre se distinguía por ese signo. Los disparos no lograron alcanzarlo, pero terminada la batalla, los oficiales le suplicaron a Henri que se lo quitara, a lo que el jefe no accedió. Ante tal situación, los campesinos decidieron adoptar el mismo distintivo, para que éste no fuera motivo de peligro para el comandante.

De victorias brillantes a una triste dispersión

La oportunidad más brillante que tuvo la *Grande Armée* para revertir la situación en Francia fue la conquista de Saumur. El 9 de junio, la fortaleza considerada inexpugnable cayó en manos de los contrarrevolucionarios. El botín fue considerable: cincuenta cañones, quince mil fusiles, diez mil prisioneros. El camino estaba abierto para la toma de París y la consiguiente restauración del trono.

Pero, por desgracia, el ejército se desmoronaba con cada éxito. Con el fin de realizar la cosecha, muchos regresaban a sus propiedades, y así, la dispersión les impedía aprovechar su privilegiada situación. Para colmo, su ingenuidad los llevaba a liberar a los prisioneros, a cambio de un juramento de no volver a tomar las armas. Inocua medida, pues los agraciados, desprovistos de honor, se convertían en verdugos la siguiente ocasión. En palabras del general Westermann, «la piedad no es revolucionaria».³

Además, no hubo una acción coordinada por parte de los comandantes. En realidad, la *Grande Armée* estaba



Francisco Lecaros

Cada descampado se convirtió en campo de batalla, cada hoz en arma, cada camino en trinchera. Familias enteras abandonaron sus hogares para marchar al combate y a lo desconocido. Y las hazañas heroicas se multiplicaron

«Henri de La Rochejaquelein es proclamado jefe por los campesinos vandeños», de Eugène Gluck - Museo de Historia de la Vande, Lucs-sur-Boulogne (Francia)

compuesta por tres divisiones que, en la mayoría de los casos, operaban de forma aislada. Así pues, el levantamiento perdía la fuerza de impacto que la unión habría proporcionado.

El 18 de junio, los vandeos tomaron Angers. Se propuso atacar el puerto de Nantes, lo que les permitiría unirse a los contrarrevolucionarios de Bretaña, conocidos como *chouans*. No obstante, los resultados de la empresa fueron desastrosos. Cathelineau fue herido durante la batalla y, tras dos semanas de agonía, entregó su alma a Dios.

A partir de ese momento, la contienda adquirió un nuevo aspecto: las fuerzas adversarias alternarían éxitos con los guerreros monárquicos. Aunque la balanza pareciera inclinarse a favor de los azules, a veces los blancos se alzaban milagrosamente. Aún les quedaba esperanza.

La subida al Calvario

17 de octubre. Mientras el cuerpo inerte de la reina María Antonieta yacía en el cementerio de la Magdalena de la capital francesa, se libraba la decisiva batalla de Cholet.

A pesar de la superioridad numérica, un misterioso pánico se apoderó de los vandeos. El marqués de Lescure cayó de un disparo en el ojo izquierdo; D'Elbée fue gravemente herido, al igual que Bonchamps, cuya última petición fue la liberación de los cautivos.

A la derrota sólo le faltaba convertirse en catástrofe.

Decididos a abandonar una tierra condenada al exterminio, ochenta mil hombres cruzaron el Loira hacia

Bretaña, a la espera del apoyo inglés en el puerto de Granville. Tras una odisea tan ardua como ingrata, los supervivientes tuvieron que regresar; el episodio pasó a la historia como el Giro de la Galerna, nombre dado al viento que sopla del noroeste, responsable de naufragios y tormentas.

Con el ejército dismantelado y casi todos los combatientes muertos, la epopeya llegaba a su ocaso. El 23 de diciembre, los supervivientes cayeron en las marismas de Savenay, cazados como fieras por el cruel general Westermann.

Sólo Charette resistiría, con un puñado de fieles, personificando en cierto modo la gloria vandeana. Dos años después, el 29 de marzo de 1796, sería capturado y fusilado.

La República votó a favor del exterminio de la región donde había surgido su mayor pesadilla. Más de medio millón de hombres, mujeres y niños perecieron en incendios, ahogamientos, masacres, en definitiva, en el genocidio decretado a partir de 1794. Los blancos pasaron a la historia, al menos a la contada por los revolucionarios, como rebeldes desorganizados y fanáticos que lucharon salvajemente por un ideal idílico. Un completo fracaso. ¿Lo fue?

¿Vencidos?

Siglos de gloria y de lealtad de la nación primogénita de la Iglesia se concentraron en los hombros de aquellos humildes campesinos. En sus estandartes brilló la certeza de la victoria. Por primera vez, la Revolución se vio ante un poder mayor que el suyo.⁴

El Señor de los ejércitos había convertido a esa estirpe de guerreros invencibles en una multitud de mártires

Batalla de Fougères, de
Julien Le Blant

Pero, en cierto momento, ocurrió lo inexplicable. Y Dios pareció abandonar su propia causa. ¿Castigo?

En realidad, la insurrección vandeana, como muchos otros acontecimientos, no es una historia que deba leerse con ojos humanos. A veces, detrás de los grandes fracasos se esconden las más altas glorias. Las grandes decepciones compran, ante Dios, triunfos inauditos.

El Señor de los ejércitos había decidido adornar el estandarte vandeano con la cruz, convirtiendo a esa estirpe de guerreros invencibles en una multitud de mártires. La fidelidad de los justos estaba, pues, sellada y correspondía a la justicia divina glorificar a sus elegidos cuando le pluguiera, en esta vida o en la otra.

Hubo materialmente una derrota, es verdad, pero ante Dios hubo un triunfo. Porque en esta tierra las batallas se pierden y se ganan sin decidir, no obstante, el desenlace de la guerra por excelencia.

En efecto, la suprema batalla entre la luz y las tinieblas, de la cual estos hechos constituyeron un capítulo lleno de dolor y gloria, aún no ha terminado. Continúa en nuestros días y sólo concluirá cuando Nuestro Señor Jesucristo venga en gloria y majestad para juzgar a vivos y muertos. ✠

¹ Cf. CHARLES-ROUX, Jean. «Passion et calvarie d'un enfant roi de France». In: ESCANDE, Renaud (Dir.). *Le livre noir de la Révolution Française*. París: Du Cerf, 2009, p. 163.

² Los términos Revolución y Contra-Revolución, escritos con inicial mayúscula y sin referencia a ningún episodio histórico concreto, se utilizan en estas páginas en el sentido que les da el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira en su libro *Revolución y Contra-Revolución*.

³ SECHER, Reynald. «La Guerre de Vendée. Guerre civile, génocide, mémoricide». In: ESCANDE, op. cit., p. 231.

⁴ Cf. DAWSON, Christopher. *Os deuses da Revolução*. São Paulo: É Realizações, 2018, p. 131.

... qué son los ministerios de lector y acólito?

Sabia y maternal, la Iglesia Católica establece diferentes estados y grados en el servicio del culto sagrado. En esta jerarquía de funciones, ocupan un lugar destacado los clérigos —obispos, sacerdotes y diáconos— que han recibido el sacramento del orden.

Sin embargo, algunos laicos bautizados y confirmados, que sean considerados dignos, pueden ser instituidos en los ministerios de lectorado y acolitado. *Minister*, en latín, indica un servidor, ayudante o representante; y *ministerium*, un oficio o servicio.

En la Iglesia de rito latino, esta institución se lleva a cabo mediante un acto litúrgico presidido por el obispo o, en los institutos clericales, por el superior competente. De esta manera, sin ingresar en el estado clerical, pueden desempeñar funciones auxiliares de orden litúrgico-religioso.



Institución del ministerio de lector -
Basílica de Nuestra Señora del Rosario,
Caieiras (Brasil)

Así, al lector le corresponde proclamar la Palabra de Dios en las celebraciones litúrgicas. Entre otras funciones, puede hacer las lecturas de la Sagrada Escritura, excepto del Evangelio; en

ausencia del salmista, recitar el salmo; y, cuando no haya diácono, enunciar las intenciones de la oración de los fieles. Además, le incumbe dirigir el canto, instruir a los fieles para que reciban bien los sacramentos y, cuando sea oportuno, preparar a los que, por encargo temporal, deben leer la Sagrada Escritura durante los actos litúrgicos.

El acólito, por su parte, es instituido para servir al sacerdote y auxiliar al diácono junto al altar. Está autorizado a distribuir la comunión en calidad de ministro extraordinario y, en circunstancias especiales, exponer el Santísimo Sacramento y reponerlo. También le compete la instrucción de los monaguillos y de otros fieles que compongan el séquito litúrgico.

Cabe señalar que todo candidato al diaconado debe ser previamente instituido como lector y acólito. ✦

... la Santísima Virgen dejó su retrato en Italia?

Cuenta la tradición cristiana que en Rossano, región de Calabria (Italia), un venerable monje del siglo VIII, ferviente devoto de la Virgen María, pidió y obtuvo del emperador la autorización para convertir la cueva donde residía en una iglesia dedicada a la Madre de Dios.

Una vez realizados todos los preparativos para la construcción, el gobernador Filípico encargó que competentes artistas de Bizancio pintaran una efigie de Nuestra Señora en el fondo de la cueva. No obstante, ocurrió algo inesperado: los obreros notaron que la pintura hecha durante el día desaparecía, inexplicablemente, al anochecer.

Molesto, el gobernador designó un vigilante que custodiara la cueva

y comprobara qué sucedía allí. Una noche, vio acercarse a una noble Señora, con un blanco vestido, llevando un hermoso Niño en brazos. Encantado, el centinela les permitió entrar al lugar para que pudieran rezar. Al cabo de un rato, el soldado entró en el santuario y cuál no fue su sorpresa al contemplar la imagen de la Señora y el Niño magníficamente estampada en el sitio donde antes los artistas habían trabajado.

Avisado el gobernador, todos corrieron a la cueva y, llenos de admiración, exclamaron: «¡Achiropita!», del griego bizantino *αχειροποίητα*, es decir, no pintada por manos humanas. Y así quedó designado el retrato: María Santísima Achiropita. ✦



María Santísima Achiropita - Catedral
dedicada a Ella en Rossano (Italia)

Salito (CC by-sa 4.0)



Esclavitud que libera, libertad que esclaviza

El libro del Génesis, rico en emotivas y dramáticas escenas, constituye un auténtico tesoro de enseñanzas morales. Entre ellas, podemos destacar el caso paradigmático de José, el joven «soñador».

✠ David Camarillo Manzanares



¡Eslavitud!... Una palabra tan cruel que evoca dolorosas y terribles impresiones en nuestro interior: pesadas cadenas, violentas sujeciones, horribles castigos; realidades que tanto más nos hacen temblar cuanto más nos alejan de lo que más apreciamos: la libertad. Sin embargo, por increíble que parezca, hay una esclavitud que libera y una libertad que esclaviza.

Un ejemplo de ello lo encontramos en el libro del Génesis. Rico en emotivas y dramáticas escenas, este escrito constituye un verdadero tesoro de

enseñanzas morales, de entre las que podemos citar el paradigmático caso de José, el joven «soñador» (Gén 37, 19), que expresa muy bien el contraste entre la envidia y la admiración en el alma humana.

El más amado de los hijos...

Jacob tuvo una hija y doce hijos, entre los cuales José gozaba de especial predilección: su padre lo amaba «más que a todos los otros hijos» (Gén 37, 3a). ¿Por qué?

En una primera lectura, parece obvio que esa preferencia hallaba su fundamento en el hecho de que José era el descendiente que le nació casi al final de su vida. Al menos eso es lo que indica el texto sagrado: «porque le había nacido en la vejez» (Gén 37, 3b). No obstante, la explicación podría no ser completa. Si el amor paternal de Jacob se moviera únicamente por eso, el principal objeto de su afecto debería haber sido Benjamín, el último vástago concebido por Raquel (cf. Gén 35, 18).

Ciertamente existía algo más sublime en aquella inocente alma, que no sólo atrajo

la predilección paterna, sino que, por encima de todo, conquistó el corazón de Dios mismo. Una gracia y un designio especiales se posaban sobre José, en quien habían brillado desde su juventud una particular rectitud y notorios dones sobrenaturales.

... y el más odiado entre los hermanos

Es propio del amor manifestarse. Fiel a esta regla, Jacob quiso revestir a su hijo predilecto de una túnica polícroma, como muestra de su entrañable afecto. Sin embargo, ese gesto constituyó una prueba para sus hermanos... Al percibir que José gozaba de primacía, «empezaron a odiarlo y le negaban el saludo» (Gén 37, 4).

Era la envidia la que, «cuando se apodera del alma, no la abandona hasta que la conduce al más extremo absurdo»,¹ como bien observa San Juan Crisóstomo. De hecho, el creciente odio de los hermanos les oscureció el corazón al punto de llevarlos a idear uno de los crímenes más atroces: el fratricidio.

Una libertad que esclaviza

¡Envidia! Si verificamos su etimología, nos encontraremos con una interesante peculiaridad: el término proviene del latín *invidia*, que deriva de *invidere*, que significa «echar el mal de ojo».²



José es vendido por sus hermanos - Iglesia de los Santos Pedro y Pablo, Les Mureaux (Francia)

El envidioso se obsesiona; se engaña a sí mismo al considerar el bien del prójimo como un obstáculo para su propia gloria. De este modo, se expone a terribles consecuencias: tristeza ante la virtud ajena, odio, maledicencia, calumnia, alegría por el mal que le ocurre a los demás, y un largo etcétera... No se da cuenta de que tal vicio sólo le trae culpa y remordimiento.

Ése fue el triste caso de aquellos hermanos que, ante un alma admirativa e inocente, no descansaron hasta descargar toda su furia contra él: «Vamos a matarlo y a echarlo en un aljibe» (Gén 37, 20).

Dos manifestaciones de un mismo vicio

No obstante, su maldad no se detuvo en ese grito infame... Enseguida se oyó la voz de la hipocresía: «¿Qué sacaremos con matar a nuestro hermano y con tapan su sangre? Vamos a venderlo a los ismaelitas y no pongamos nuestras manos en él, que al fin es hermano nuestro y carne nuestra» (Gén 37, 26-27). ¡Y así lo hicieron! «Al pasar unos mercaderes madianitas, tiraron de su hermano; y, sacando a José del pozo, lo vendieron a unos ismaelitas por veinte monedas de plata. Estos se llevaron a José a Egipto» (Gén 37, 28).

Se trata de dos manifestaciones de la misma envidia: la radical, que busca la destrucción y la total desaparición de aquel a quien se envidia; y la hipócrita, que no tolera ni admira enteramente el bien, pero tampoco se adhiere por completo ni al pecado ni al mal. ¿Facinerosa? No. Indolente, mezquina y mediocre, como Poncio Pilato, que se lavó las manos ante el mayor crimen de la historia.

¡Pobres ciegos! Sin percibirlo, eran más esclavos que José, a quien vendían

propiamente para la servidumbre. Éste, aunque cautivo, permaneció libre porque no se dejó atar por las cadenas del pecado. Y a partir de esa esclavitud Dios realizaría grandes maravillas.

Admiración, el presupuesto del amor

El primer elemento del amor es la admiración. El mandamiento de amar a Dios sobre todas las cosas presupone, por lo tanto, *admirar* a Dios en todas las cosas. Lo explicamos: cuando estimamos a alguien, sentimos la necesidad de disfrutar de su presencia. Lo

se traduce como «hacia» o «en dirección a». Aplicando esto a nuestra relación con el Creador, parece plausible afirmar que *ad-mirari* indica el movimiento de la persona que dirige su atención hacia afuera de sí misma, a fin de buscar a Dios.

Entendida de esta manera, la admiración bien podría llamarse esclavitud de amor.

Una esclavitud que libera

Esa entrañable relación sobrenatural le valió a José su libertad. De hecho, supo encontrar la mano de Dios detrás de los sueños del faraón, salvando al país de la terrible hambruna que se avecinaba. El soberano, como muestra de afectuosa gratitud, lo liberó de la cárcel; se quitó su anillo y «lo puso en la mano de José; le hizo vestir ropas de lino y le puso un collar de oro al cuello. [...] Así lo puso al frente de toda la tierra de Egipto» (Gén 41, 42-43).

Aquí vemos la recompensa del alma admirativa: Dios la libera de la cárcel del egoísmo, para hacerla habitar en los palacios de la caridad; rompe las cadenas del pecado para poner en su lugar el anillo, símbolo de su alianza indisoluble; la libera del yugo de la esclavitud diabólica, para colocar alrededor de su cuello el preciosísimo collar de la «gloriosa libertad de los hijos de Dios» (Rom 8, 21). ✠



He aquí la recompensa del alma admirativa: Dios la libera de la cárcel del egoísmo, para hacerla habitar en los palacios de la caridad

José interpretando los sueños del faraón - Galería Bassenge, Berlín

mismo ocurre con el amor al Creador, que nos impulsa a la búsqueda incansable de reflejos suyos en el espejo del universo, sin lograr descanso hasta encontrarlo.

Por cierto, la palabra admiración viene del latín *admiratio*. *Miror* significa, entre otras acepciones, mirar con asombro, encanto;³ mientras que *ad*

¹ SAN JUAN CRISÓSTOMO. *Homiliarum in Genesim*. Homilía LXI, n.º 1: PG 54, 526.

² INVIDEO. In: ERNOUT, Alfred; MEILLET, Alfred. *Dictionnaire étymologique de la Langue Latine*. 4.ª ed. Paris: Klincksieck, 2001, p. 321.

³ Cf. MIRUS. In: ERNOUT; MEILLET, *op. cit.*, p. 406.

¿Virtudes antagónicas o complementarias?

Mientras que la virginidad, tan delicada, se asocia habitualmente con la fragilidad, la combatividad remite a la adversidad, a menudo brutal. Serían, por tanto, virtudes contradictorias si una misma persona no las poseyera, por la santidad, convirtiéndose en paradigma de ambas.

✠ P. Louis Goyard, EP



Nacida pastora, en una desconocida aldea de una región considerada secundaria, Santa Juana de Arco fue profetisa, virgen, reina, guerrera y mártir. Y para colmarla de la gloria de asemejarse a Él, Nuestro Señor quiso que la *Pucelle* sufriera difamaciones y traición por parte del clero de su tiempo, de los nobles de su nación y del pueblo que había venido a salvar.

Sin embargo, los siglos le hicieron justicia y, desde lo alto del firmamento, donde el fulgor de su santidad la había alzado, pudo contemplar cómo sus contendientes eran barridos por la historia y sepultados, algunos en el olvido y otros en la infamia. Finalmente, San Pío X reconoció la heroicidad de sus virtudes, elevándola a la honra de los altares.

* * *

La santa pastora, en su fragilidad virginal y encantadora, fue llamada a vivir en un campamento militar donde, lamentablemente, tantas y tantas veces el lenguaje es impuro y las malas presencias se hacen notar. Con todo, ella brillaba allí como un cirio de purísima cera en plena noche. Da la impresión de que de su figura se desprende un resplandor de nieve batida por el sol, casi cegadora. Según testimonios de la época, irradiaba tal virginidad que su

mera proximidad facilitaba la guarda de la castidad.

Delicada como una flor, era, no obstante, intolerante con cualquier tipo de pecado y de vicio: la virgen de Orleans integró el elenco de las almas incontaminadas, en las que nunca hubo transigencia, connivencia o complicidad con

el mal. De hecho, la única forma de castidad seria es aquella que desprecia y rechaza la impureza; de lo contrario, enseguida se revela falsa y efímera.

* * *

Su delicadeza virginal, no obstante, parecía destinada a vivir en contradicción.



Lucio César Rodríguez

Primera comunión de Santa Juana de Arco - Basílica de Bois-Chenu, Domrémy-la-Pucelle (Francia)

De hecho, una de las actividades más intensas que el hombre puede realizar es, sin duda, el combate, el cual requiere un nivel máximo de agilidad y de fuerza, física, pero sobre todo moral. Resulta necesario hacer valer los derechos de Dios y de la justicia, doblando el vigor del mal para, finalmente, vencerlo. Por tanto, la fragilidad se presenta incompatible con el estado guerrero.

Ahora bien, la historia cuenta acerca de Santa Juana de Arco hazañas de armas consideradas imposibles. En ella, el heroísmo militar brilló con un resplandor extraordinario, porque estaba aliado a la inocencia: mostró gallardía entre los suyos, gallardía en el campo de batalla, gallardía frente al enemigo y, por último, ante el tribunal de la traición durante los interrogatorios de sus infames jueces. Se trata de la gallardía llevada al extremo.

Así pues, encontramos en ella a la virgen frágil, pastorcita y guerrera, que cambia el curso de la historia europea para cumplir los planes de Dios y salvar a Francia.

* * *

¿Cómo resolver, entonces, la aparente contradicción resultante del hecho de que la combatividad se presenta a menudo como sinónimo de brutalidad y la pureza como compañera de la fragilidad?

En Santa Juana de Arco vive todo el ideal guerrero de la Edad Media, así como el ideal de la virgen cristiana. Es contrario a la fragilidad de una virgen ser guerrera, pero, cuando se trata de una virginidad inmaculada, ésta confiere a la mujer tal fuerza que, sin masculinizarla, la equipara al hombre en la capacidad de coaccionar el mal y ejecutar los designios divinos.

En la libertadora de Francia, la virginidad, al estar ligada al heroísmo del fuego y de la sangre, llama más la atención de la imaginación y de los sentidos que cualquier otra forma de virginidad; por otra parte, ésta se alió con la debilidad femenina y a las armas para darle

a la condición militar un brillo completamente nuevo. Entre los escombros, el polvo y el humo, su coraza hacía resplandecer su pureza de manera especial durante el combate, porque vivía inmaculada entre los hombres.

Santa Juana de Arco es el ejemplo de la virgen católica, tan casta que pudo convivir en aquel ambiente sin contaminarse y pudo ser guerrera —oficio específico del hombre— permaneciendo virgen y femenina, rodeada de esa virginidad perlada, pero pugnaz, valiente, audaz y segura de sí misma, que reduce la impureza al estado de cobardía. Ante alguien como ella, la desvergüenza sólo tiene la posibilidad de resistencia, como un tumor al bisturí de un médico.

Su virginal fortaleza proclama, desde lo alto del Cielo donde ahora se encuentra, que la pureza sólo es verdadera cuando es capaz de luchar con todo su ardor, y que sólo un alma pura es capaz de la verdadera combatividad.

La santidad es una, y en ella no puede existir una virtud sin las demás... ✦

**Santa Juana de Arco -
Plaza de las Pirámides, París**



La hora más sublime

La hora del holocausto de sí mismo a Dios es la más sublime en la vida de un hombre. En consecuencia, es la hora en la que se dispone a afrontar riesgos supremos por un ideal verdadero y muy elevado. Es el momento en el que se presenta para sufrir todo lo que tiene que sufrir, dispuesto a tambalearse de dolor bajo la cruz, como el Señor, contribuyendo a la realización de la historia y del plan de Dios para la humanidad.

Plinio Corrêa de Oliveira